



850 (450.15) 3
0-32

LUIS DE OCHARAN.

ÁNGELA

(CUENTO)



145731

BILBAO

TIPOGRAFÍA DE C. LUCENA Y COMPAÑÍA,

Traviesa del 16 de Agosto, 1, bajo.

1887.



Advertencia.

Este librito no hubiera visto la luz pública, si su autor, que al escribirle sólo aspiró á encontrar en tal trabajo, honesto solaz de su ánimo, no hubiera recibidola siguiente carta:

Querido Luis: Se leído y devuelvo á V. el manuscrito de Ángela, que le pedí lleno de curiosidad por averiguar si la ductilidad de su talento, que ya sabía yo andaba desde componer unos sentidos y artísticos versos hasta pintar un lindo paisaje, y desde interpretar en el armonio una hermosa pieza de música y canto hasta proyectar un gran muelle marítimo y dirigir su ejecución, alcanzaba á trazar un tierno y regocijado cuadro de costumbres populares, rico de observación y estudio de la naturaleza, como lo es el que acaba de deleitarme.



Ya que me honra V. llamándome Maestro, añada á esta honra la de obedecerme como buen Discípulo. Para ello necesita V. renunciar á su propósito de no publicar la historia de Ángela. Con la autoridad de Maestro que V. me atribuye generosamente, le ordena á V. que dé á luz, en forma de libro, esa triste y hermosa historia, su cariñoso amigo

Antonio de Trueba.

Bilbao, 15 de Junio de 1887.

PROLOGO.

*La niña y yo una mañana
fuimos á coger cerezos,
y la niña y yo volvimos
coloraditos como ellos;
porque unos recién caídos
que venían de la iglesia,
mirándonos otiéndenos,
dijeron: "Así se empieza!"*

(TRUEBA)

—Vamos á jubar al soçaire de la pader de casa, porque en esti rebollar haci un viento que afita. Así decía un hermoso niño de ocho años de edad, de rostro correctamente dibujado bajo el marco de la más desmeledada melena, dirigiéndose jadeante hacia la casería de San Pelayo, seguido de dos niñas, como dos orientales perlas, que á duras penas podían alcanzarle en su rápida carrera, reflejando los tres infantiles rostros el color de las rosas que la agitada marcha á sus mejillas imprimía.

Llegado que hubieron al sitio escogido, disputaban en animado diálogo sobre cuál había de ser el juego adoptado para divertirse. El niño propuso á las niñas jugar al escondite, pero protestaron ambas, diciendo que estaban cansadas, y que para jugar á dicho juego era preciso correr.

—Juguemos á comiditas, ¿verdad, Jenaro? Mira, tú serás el que haga la cocina con cantos que apañarás y tejas, pues detrás de la casa hay fuerza de ellas; Luisa será la cocinera, yo.....

—No quiero jugar á comiditas, dijo la nombrada Luisa frunciendo cejas y labios con un gracioso mohín.

—Pues ¿á qué quieres jugar, al tache? Yo tengo en mi casa una pila de nueces, y si me esperáis una remesa de tiempo, voy y las traigo: ¡te son más gordas! no te creas, asina. Diciendo esto, el niño mostraba su puño cerrado.

—No quiero jugar al tache, añadió Luisa, sino á los novios. ¿Quieres, Jenaro?

—Si Ángela juba.....

—Yo, si Jenaro quiere.....

—Yo soy la novia; tú, Jenaro, el novio, y Ángela nos tiene envidia: después..... ¿por qué lloras, Ángela?

—Es que yo no juego, replicó ésta, dirigiendo hacia Jenaro sus verdes ojos amenazados de llanto, si no eres siempre mi novio; lo demás, nó.

—Déjala que sea siempre tu novia si quiere, pues á mí lo mismo me da, añadió Luisa levantando sus hombros con aire de la más completa indiferencia, y al decir esto, deshojaba, sin arrancarlas, las margaritas que tapizaban el suelo donde estaba sentada.

El niño entretanto fijó sus ojos en el alero del tejado y exclamó:

—¡Madre! hay aprendido un nido. Miráile, chicas, bajo el tejado de la casa. Tiene crías y están plumidas. Voy á ver si le pesco. ¡Recontra! no sé si podré esquilarse..... y es de gorrión; miréis, ahora vienen los padres á darles de comer, ¡contra! lo menos tiene cuatro: mira, Luisa, mira, Ángela, ¡miréis cómo sacan el pico!

—No cojas el nido, no le cojas.

—¿Por qué nó, Ángela?

—Porque te vas á mancar, y además van á llorar los padres de las crías al encontrarse sin ellas; no le cojas.

Pero el niño, tenaz en su empeño, desoyendo las súplicas de su compasiva amigui-

ta, trepó por una de las cepas que vestía la pared de la casería, y á riesgo de sufrir mortal caída, se dispuso á continuar su penosa ascensión.

Mientras Angela seguía con afán las evoluciones del osado rapaz, Luisa continuaba ocupándose en deshojar las margaritas que aun se hallaban á su alcance; pero fijando sus negros ojos en los verdes de su compañera, viendo pintados en ellos la ansiedad y el miedo, díjola así:

—Boba, más que boba, ¿por qué te afliges? déjale, no se caerá, y si se cae, peor para él.

En aquel momento el niño dió un traspiés, poniéndose en grave riesgo de medir el suelo con su cuerpo, aunque sin más consecuencias que el susto consiguiente. Los borrachos y los niños tienen su Providencia especial, la de las caídas, que les salva milagrosamente de las más peligrosas.

—Que te matas, Jenaro! ¡Virgen Santa! gritó Ángela, presa de la más viva aflicción.

—¡Madre! may arringao. Recontra, hay estado á pique de desanucarme, ó de hacerme alguna escalabreta; pero ya no me arringo, aquí está el nido ¡le pesqué! Madre ¡qué guapas están las crías! Luisa, Angela, se les

puede aprender á comer solas. Diciendo esto, cogió el nido, mientras ésta le suplicaba que bajase, dejando aquellos animalitos en su sitio. El rapaz, sin atender á esas súplicas, cargado con el botín, descendió al pié del muro con la destreza y agilidad de un gato.

—Le quieres, Luisa? dijo, presentándole su hallazgo.

—No.

—Le quieres tú, Angela?

—Si le quiero, contestó la niña, apoderándose del nido con sumo cuidado, para no causar daño alguno entre la gente menuda en él hospedada. Ángela se dirigió á un matorral inmediato, y subiendo al terreno donde aquel crecía, depositó la rústica cuna sobre las zarzas y espinos que entrelazados oponían suficiente resistencia para soportar tan leve peso.

¿Qué haces, Angela? preguntó el niño, que con religiosa atención observaba los movimientos de aquella.

—Poner aquí el nido; así los padres les darán de comer, y después volarán juntos.

—Es verdad, contra, pero ahí va á pillar las crías algun gato..... Aguarda.—Cogió



Jenaro las avecillas, y trepando á un frondoso nogal situado frente á la casería, colocó allí el nido en sitio á su parecer seguro, con gran satisfacción de su salvadora, que prohibió á su amiguito subir al tejado donde estuvo ántes, por evitar otro traspíes menos afortunado que el anterior. Puesto el nido en el nogal, se unió Jenaro á sus amiguitas, y abandonando la casería de San Pelayo, donde á la sazón se hallaban y vivía Ángela, se dirigieron á la fuente de la Metra. Bajaban por el sendero que hasta ella conduce, sendero trazado simplemente por los piés de los vecinos de San Pelayo, Rancho y Pando, bajo una bóveda tejida con hojas y quimas de rebollas y castaños.

Distará la fuentecilla obra de mil pasos de la casería; pero los niños, distrayéndose con cuantas flores, insectos y objetos curiosos para ellos en el camino hallaban, tardaron cerca de una hora en recorrer tan corta distancia; así es que, aunque el sol doraba aún las cumbres de Cerredo y Santullán cuando emprendieron la marcha, la noche comenzaba á tender sus densos crespones tejiendo con ellos el negro manto, tachonado de múltiples brillantes, que pronto debía

envolver el pintoresco valle de Sámano y las colinas y montañas que le circundan, cuando todavía los niños camino de la fuente parleros descendían, y entre otras puerilidades, dijo el niño á las niñas:

Pero permitidme que aproveche la luz crepuscular para retratar al pequeño triunvirato, antes de que le envuelva la nocturna sombra haciendo imposible mi intento.

El niño, como ya he dicho, tenía ocho años de edad; era un tanto grueso, pero muy proporcionado. Rizada su cabellera como la escarola, donde no había entrado tijera alguna, ocultaba su bien delineada frente, acariciando sus cejas, bajo las cuales brillaban dos ojos de una singular viveza, siendo imposible fijar el color de sus pupilas, porque eran muy verdes para ser azules, y muy azules para ser verdes. Su pelo pasaba de castaño oscuro. Vestía pantalón de estameña donde lucían los colores todos del iris; una camisa algo más arpillera que holanda, y no muy blanca de color, rematando tan sencilla vestimenta una blusa que, hablando por los codos, decía que había sido azul en otro tiempo; y he dicho rematando, porque su cabeza la cubría con su riza melena, y

sus piés los calzaba con su tostada y curtida piel.

Con su cabecita rizada, como la noche negra, sus verdes ojos de una dulzura infinita, sus mejillas azucena, su correcta nariz y no menos correcta boca, y todo eso con esa frescura de tonos y delicadeza de líneas que la niñez imprime á los juveniles rostros, parecía Ángela uno de esos murillescocos que se admiran entre la divina escolta de las Concepciones pintadas por el inmortal artista sevillano.

Ángela y Luisa tenían seis y ocho años respectivamente. Las dos eran encantadoras niñas, pero había diferencia en sus encantos.

La segunda era una rosa; la primera una azucena.

Alteraba la monotonía de la bronceada piel del rostro de Luisa, matizando sus mejillas, algo del carmín de la reina de las flores, que apenas parecía en ellas, celoso del que sus labios ostentaban, labios dibujados con las líneas con que en todos los idiomas se escribe la palabra gracia. Las curvas de sus pobladas cejas las trazaban líneas negras, y envidiando aquel color, era negro su pelo; pero en tenaz porfía con pelo y cejas,

eran más negros aún sus negros ojos, dignos de una diosa.

Decíamos, que entre otras puerilidades, el niño á las niñas dijo:

—Dice mi madre que nos sigue siempre un ángel muy bonito, con alas blancas, muy blancas, y tan presto como cometemos una mala acción, está llorando que te llora.

—Eso ya lo sabemos nosotras!

—Sí; pero yo no le he visto nunca.

—Es porque es de espíritu, ¿verdad, Luisa?

—¿Y qué es eso, Jenaro?

—Eso debe ser así, á manera del agua cuando está limpia. Yo la he visto en la represa de la ferrería de Don Gonzalo tan clara, que se veían las chinas en el fondo, como si tuviesen aire encima.

—Así será, así fueron las niñas.

—Pero dice también mi madre que por la noche, mientras dormimos, nos cubre con sus alas como las gallinas á los pollitos, y aunque llora cuando somos malos, no se aparta en jamás de nosotros; y que los que se mueren á nuestra edad y son buenos, se convierten en ángeles, y van arresiguiendo á otras personas, como á ellos



les arreseguían cuando andaban por el mundo; y lo que es yo, ¡recontra! te voy á ser más bueno ¡recórcholis!, porque si me muero, seré ángel de la guardia para arreseguir á Luisa.

—¿Y á mí no, Jenaro?

—Alguna que otra remesa ya te arreseguiría.

—Envidiosa, ya te puede seguir como un perro á su amo, pues á mí, que me siga ó nó, me da lo mismo.

—¿Y por qué, Luisa? Recórcholis, después que nunca me separaría de tu lado, y al primero que te hiciese rabiarse, de una mascada le dejaba sin muelas!

—Ay va! ¡qué inocente! ¿cómo habías de pegar mascadas, siendo ángel, si los ángeles son de espíritu, como tú dices?

—Sí, recontra, porque dice mi madre, y cuando ella lo dice es cierto, que algunas veces se dejan ver; hasta los hay que se han aparecido con una espada muy grande en la mano. Córcholis, ahora se me acuerda que yo mismo le hay visto asina en la iglesia de Castro un día que fui á la villa. Es más guapo! contra, como que..... chicas, miréis la luna, por encima de la Loma sale. No se

ve más que la metá; ¡Madre! hoy parece mayor.

—Es verdad; y se ve mejor la cara del pasiego.

—¿Qué pasiego, Ángela?

—Uno muy malo que robaba cuanto podía, y un día que quiso coger hasta las cosas de Dios que están en la iglesia, se murió de repente, y desde entonces apareció su cara en la luna para escarmiento de los ladrones.

—Y ¿cómo pudo esquilar hasta allí, si la luna está lo menos tres veces más alta que el pico de Santullán?

—Ay, ¡qué bobo! ¿no te he dicho que se murió cuando iba á robar las cosas de la iglesia y Dios le castigó? Él le puso allí.

—Entonces, ya comprendo; contra, peor para él. Haci oscuro, chicas, y aunque estamos ya en la fuente de la Metra, no podemos jubar á los molinos. Hay hecho dos esta mañana que roldian más bien, si vierais, como rueda de la ferrería.....

—¿Me acompañas á casa, Jenaro? dijo Ángela atajándole; tengo miedo de subir sola hasta San Pelayo, y á Luisa no le importa quedarse aquí hasta que bajes ¿verdad?

—Miedosa, que te acompañe si quiere: y



¿de qué tienes miedo? Anda, Jenaro, vete con ella, ya iré yo sola á casa: no se me ha olvidado el camino.

Mientras esto decía, el niño le indicaba con gestos y señas que callase, y aprovechando un instante de distracción en Ángela, dijo al oído á Luisa.

—Déjala que vaiga, pues así que estemos solos, te daré una cosa.

Conoció Ángela que Jenaro deseaba estar á solas con Luisa, y fingiendo ignorarlo, sin manifestar sus recelos, la niña se alejó diciendo á Dios á sus interlocutores; mas apenas se hubo separado algunos pasos, se ocultó tras el tronco de un corpulento castaño, en cuyo raigambre crecían lozanos helechos que protegieron su intento. Desde su escondite vió al niño retirar de un espeso matorral rústica canasta, con mimbres tejida, y aunque no pudo ver lo que encerraba, lo supo al punto, pues oyó que aquél decía:

—¡Qué tonta eres, Luisa!, te hay estado haciendo señas para que supieras que quería estar á solas contigo, y no me has entendido. Era para darte estas metras: verás qué ricas están! Las hay apañado esta mañana y es-

condido en este jaro, para dártelas luégo, cuando estuviésemos solos: tómalas.

—No las quiero; cómetelas tú.

—¡Recontra! Si fuese Ángela, ya las tomaría.

—Guárdalas y dáselas á ella mañana; ¿á mí qué me importa?

—¿Tampoco quieres que vaiga contigo á casa, recontra?

—Ven si quieres.

—Pues vamos.

Los niños se alejaron en dirección á Quitapesares, la más importante de las caserías de Santullán. Mientras tanto, Ángela abandonó su escondite y emprendió el camino de San Pelayo, olvidándose que cruzaba sola y casi de noche el castañar de Pando, pues los celos, impropia y erróneamente llamados envidia cuando clavan su envenenado dardo en infantiles pechos, vencieron el miedo de la pobre niña, que llegó á su casa agobiada de tristezas.

Jenaro y Luisa recorrieron las tortuosas sendas que serpean por el valle de Sámano, juguetones como cabritos que al rediltornan ora saltando bulliciosos, ora arrancando el tierno brote de la altiva zarzaraya que en

el borde del camino crece, ora dando rienda suelta á sus belicosos instintos con algún topetazo que otro; pues como los juguetones animalitos, ora se perseguían, ya gritaban, ó bien saltaban, y entre persecuciones, gritos y saltos, á pesar de lo sobrio de los propósitos de Luisa, fueron desapareciendo una por una las fresas todas de la desairada canastilla.

—¿Vendrás mañana á jubar conmigo, Luisa? dijo el niño, así que estuvieron en el portal de la casa que habitaba aquélla.

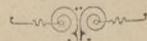
—Bueno, vendré.

—¿Y si padre no te deja venir?

—Si no me deja, recórcholis, me escaparé. Dicho esto, los dos niños se separaron.

Camino de su casa pasó Jenaro cerca del huerto del señor cura, y al ver las negras siluetas de los frondosos avellanos que en él crecían, dijo: ¡Recontra! mañana hay de ver si están maduras las avellanas que tiene en la su huerta el padre cura, mas que vaiga á hacer compañía al pasiego que está en la luna, porque avellanas te trisca Luisa que es una bendición. Así diciendo, el rapaz tomó el sendero que á su hogar conducía, meditando en el plan más acertado para

realizar sus rateriles proyectos sin que el señor cura de Sámano, Don Tomás de la Torre, sorprendiéndole infraganti, le calentara las orejas, no á tirones, pues el santo varón era incapaz de cometer tamaña fechoría, sino con alguna severa reprimenda.





I.

QUINCE habían transcurrido desde que tuvo lugar la escena que de contar acabo, y había huido ya el año 1821, después de haber girado con vertiginosa rapidez en ese abismo que se llama eternidad, al perderse en sus nunca sondeados antros, y trás él, los tres primeros meses de su sucesor, y con ellos, aquellos días, cortos como las horas de dicha, y aquellas noches, largas como las horas de llanto.

La primavera vestía el verde manto tapizado de múltiples y fragantes flores con que á natura obsequia, al asomar placentera su rosada faz en la alegre mañana del abril florido.

Y ¡vaya si era fresca la mañanita aquella! Era un domingo, y amanecía, cuando Don Tomás de la Torre cruzaba silencioso

uno de los senderos de la Queveda, cerro vecino á la iglesia de Sámano.

De pronto paróse el cura, y cogiendo una escopeta apoyada en uno de los árboles que orlaban el camino, ocultándose tras él, púsose sigilosamente en actitud de disparar, pues su perro Ley y su perra Chispas, con repetidos, prolongados y estridentes latidos, le avisaban que acababan de hacer abandonar el lecho á una rabona. Inmóvil como una roca, la culata al hombro, la mano izquierda en el primer tercio del cañon de la escopeta, la derecha en la gargantilla, el índice en el disparador, siendo ya todo ojos, ya todo orejas, atento vigilaba el cazador los senderos que afluían donde se ocultaba, pues los latidos, cada vez más cercanos, le prevenían que de un momento á otro iba á presentarse el hervívoro animalito. De pronto apareció á su vista, no la liebre, sino tan gallarda joven, que á ser Don Tomás tan hijo de las musas como lo era de San Humberto, por la ninfa del verde bosque la tomara.

Mas el buen señor, que liebres, y no agraciadas muchachas, esperaba, dando al traste con su dulzura habitual, dijo á la joven:

—¿Por qué no has tomado otro sendero? ¿No has oído latir á los perros?; acabas de espantarme la liebre..... ¡Qué ha de venir ya! si son más listas! ¿la has visto acaso?

—Yo, señor.....

—Sí, muchacha, mis sabuesos no mienten. ¡Qué mañana me has hecho perder, voto á..... Dics me perdone. No me hagas caso, Ángela, y dispensa mi brusca manera de saludarte: esta pasión por la caza me hace olvidar algunas veces hasta que soy sacerdote. Así diciendo, abandonó su escondite y pasó al lado de la atribulada joven, que, pesarosa de haber privado de su diversión al señor cura, no osaba apartar su vista del suelo.

—¿A dónde vas, hija mía, tan temprano? le preguntó D. Tomás, dejando de ser cazador: mucho madrugas y bien florida vienes.

—Son para la Virgen, contestó la joven, mostrando un ramo de silvestres flores; iba á la iglesia á ponérselas en su altar, cuando me he encontrado con usted; le aseguro que lo siento por haberle espantado la liebre.

—Al contrario, al contrario, muchacha, para otro día queda; buenos son Ley y Chispas para que se burle de ellos una



rabona. Perc dejémonos de caza, y dime la verdad. Hija mía, ha tiempo te veo triste, no tomas parte en las diversiones de las demás jóvenes de la aldea, y según mis noticias, has despreciado las generosas ofertas de Manuel, uno de los muchachos de más hombría de bien que hay en el valle; y eso, ó yo no sé del latín ni el *Dominus vobiscum*, ó sólo lo hace una muchacha cuando de su alma no es dueña. La joven bajó sus espesas pestañas, que se dibujaron en el carmín de sus mejillas que invadió todo su rostro.

—Vamos, hija mía, ánimo; explícame la causa de tu melancolía, mientras llegamos á la iglesia, pues la campana, algo perezosamente tañida por Juanón, me llama para prepararme á celebrar. Si deseo conocer la causa de tu tristeza, no lo hago por mera curiosidad, sino por aliviarla con mis consejos y compartirla contigo, pues las penas, hija mía, pesan mucho menos sobre dos ánimos que sobre uno solo.

Decía esto don Tomás á la joven caminito de la iglesia, y viendo que aquélla persistía en su silencio y aumentaba su sonrojo, el pastor de las almas, que no dudó cuál era el

secreto cuya confesión costaba tanto á su hija de ella, dijole en tono cariñoso y paternal, hablando bajo, á pesar de que nadie les escuchaba: Tus penas, Ángela, las conozco; quieres, y no te quieren. Y como ésta continuara silenciosa, el buen señor prosiguió: Quien calla, otorga; ¿ves cómo acerté? Mas, viendo lágrimas en los verdes ojos de la atribulada joven, añadió: No llores, hija mia, no llores; quien así procede contigo, en el pecado llevará la penitencia, viendo castigado su desamor con la dicha que pierde al rechazar tu cariño. Distaban pocos pasos de la iglesia, donde fluía alguna gente, y observándolo Ángela, dijo al señor cura, procurando disimular sus lágrimas con una sonrisa:

—Esta tarde después del rosario, diré á usted todo menos el nombre.....

—Del pecador; ¿verdad, hija mía?: nunca lo exigimos, pues no es condición precisa para que la confesión sea válida. Á Dios, Ángela.

—Él le acompañe, Don Tomás, dijo la joven uniéndose al grupo de gentes que al campo de la iglesia iba llegando.

Antes de proseguir mi relato, justo es conocer al señor cura.

Don Tomás de la Torre y Allendelagua, beneficiado del parroquial de S. Nicolás de Sámano, era á la sazón lo que se llama un viejo bien conservado. Aquella sotana rota, roída y remendada, servía de cárcel á un cuerpo sano, esbelto, vigoroso y ágil; y este cuerpo servía á su vez de cárcel á una alma más sana aún, que se reflejaba en un rostro que soñara un artista para esculpir una estatua de San Vicente de Paul. Cuando ejercía las funciones de su sagrado ministerio, aquellas sencillas gentes solían exclamar: ¡Qué respetuoso y digno es el señor cura! parece un santo bajado del altar á decir misa. Cuando dentro del estrecho recinto de su casita estaba, su anciana hermana, viuda que con él habitaba, decía siempre: Mi hermano es un bendito; lo que es, pasta como la suya, ni amasada por los ángeles. Cuando recorría las pobres caserías, llevando siempre consigo toda la paz de sus sanos consejos y el modestísimo óboló que su estrechez le permitía, exclamaban sus feligroses: Es nuestro paño de lágrimas; Dios le dé largos años de vida! Cuando luego, armado de su escopeta, seguido de sus perros, cruzaba seves, lomas y cerros, los que le veían cuando estaban

trabajando en sus heredades, decían mirándole tan remozado: Ahí va el señor cura, parece un chico, da gloria verle tan lozano á pesar de sus años: Dios le bendiga!

Pensar que en este mundo, de pasiones lleno, ha de existir quien exento de ellas se vea, es pensar en lo excusado, y á Don Tomás, pagando tributo á esta ley, le dominaba una que absorbía por completo sus ratos de ocio: esta pasión era la caza; el señor cura era un cazador empedernido. Para muestra, basta un botón.

El pecado más grande que pesó sobre la conciencia de nuestro cura es el siguiente: Un día, estando celebrando el santo sacrificio de la misa, fué bruscamente distraído por el para él armonioso concierto de perros en levante, que tuvieron la tentadora ocurrencia de traer la liebre al campo de la iglesia. Sentir hervir su sangre, olvidar lo augusto del misterio que en aquel momento representaba, bajar la grada del altar con ánimo de dirigirse á la sacristía para apoderarse de su escopeta, y al punto, avergonzado de sí mismo, volver al ara con más unción religiosa que nunca, fué para Don Tomás obra de brevísimos instantes.



Esta distracción fué la única falta que empañó aquella conciencia. Cara la pagó el buen señor. Terminada la misa, aun zumbaba en sus oídos con pertinaz empeño el ladrar de unos perros, que más tenían de diablos que de tales para el arrepentido pecador. Fué tan dolorosa la impresión que tal falta causó en el ánimo del señor cura, que se impuso el sacrificio de no cazar en un año, promesa que cumplió religiosamente; é imagino que Dios no sólo le perdonó, sino que le abonó aquella penitencia como méritos para el cielo, según eran los extremos á que llegaba la afición cinegética que motivó su pecado.

Volvió Juanón á tañer la campana por tercera vez, y á los primeros toques veíase en el campo de la iglesia á todos los habitantes de las dispersas caserías del valle de Sámano; y digo á todos, porque el domingo á que me refiero, no había en la aldea ningún enfermo; y al decir esto, dicho se está que ninguno faltaba á la misa, no hallándose legítimamente impedido.

La última persona que acudió, fué una joven que, sin perder el paso, ni conceder un simple saludo á los allí presentes, pene-

tró en la iglesia.

—¡Buena novilla! dijo Juanón desde la espadaña, dejando de tocar y disponiéndose á bajar para ayudar á misa al señor cura; y añadió Julián Llano.

—Buena; ¿verdad, Jenaro? salvo la comparación, pues esa chica es á un simil, á manera de brispa que sus pica á todos los que andáis tras ella, vamos á un decir, como gallos y gallinas, que donde hay yeguas no faltan potros.

—¡Qué ojos tiene! dijo uno de aquellos mozos.

—Pues, ¿y el pelo? añadió otro.

—Acabará por pisarse las trenzas, á poco que éstas le medren, observó un tercero.

—Y aquella cara, ¡si es la gloria de Dios!

—Lo que es en Santullán no la hay como ella.

Haciendo estos rústicos elogios de la desdeñosa joven, se dirigieron todos á la iglesia, pues Juanón, asomando su tosca figura por la entreabierta puerta, dijo en el peor tono que pudo: Ya sale! De los últimos fueron Julián y Jenaro, y ya en el atrio observó aquél á éste:

—Lo que es cierto, que en mis años no



han visto los mis ojos otros cual los suyos de relumbrantes y negros: parece mentira, vamos á un decir, pinto el caso una compaña, que en estas santimperies se erien clavelinas como ella; eso es un capiruchu, y si esti gallu no tuviera ya rancias las espuelas, no dejaría pudrirse en el pecho ciertos resquemores, como alguno que yo me sé. ¿Qué opinas tú de ella, Jenaro, pongo un caso, salvo los aquí presentes?

—No es cosa mayor, dijo el joven, al vaciar los restos de su pipa sacudiéndola contra la uña del pulgar de la mano izquierda, y guardándola en su gorra, añadió: Hay en Sámano quien darle puede punto y raya.

Esto dicho, entraron en la iglesia.



II.

EN illo tempore, el valle de Sámano, que allá en los remotos de la historia fué el *amanum portus* de los romanos, no presentaba el mismo paisaje que hoy presenta á quien le admira. En los límites de Brazo-de-Mar, donde empieza el valle, se oían aun los acompasados sonos de los martinetes de las ferrerías de Don Gonzalo y de Don vergón, y bajo las anchas tejavanas donde se forjaba el hierro, lucían á intervalos los fosforescentes reflejos del enrojecido metal, y el humo de sus chimeneas se perdía, cuando el viento le humillaba, en las frondosas copas de vetustos castaños, esbeltas hayas y gigantes robles, que no rechazaban de su compañía á corpulentos nogales.

Serpeaba el claro y abundante río materialmente cubierto del verde toldo que



para él tejían los árboles todos cuyas raíces solícito regaba; y bien estaba el río aquel con la arboleda aquella, según eran las veces que á retratarla se paraba en caprichosos y transparentes remansos, y lo reposadamente que hacia el mar se dirigía, como queriendo prolongar su estancia en el umbrío lecho, donde tan á gusto y perezosamente dormía.

Las esparcidas y blancas caserías, arrulladas siempre por el murmurio, ya de robledales, ya de castañares, dominaban las verdes y extensas praderas donde apacentaba el ganado de sus dueños, riqueza casi exclusiva en aquella época, de la sencillas gentes que las habitaban; y las caprichosas parras que las casas aquellas vestían, apoyándose aquí en un *can*, bostezando luégo en una ventana, abriendo al hacerlo sus rugosos brazos, y aun atreviéndose á curiosear por los tejados, allá en la estación de Pomona profusa y liberalmente regalaban al afortunado dueño que las poseía aquellos dorados racimos que el blanco natural producían, verdadera ambrosía, néctar de los dioses, cuyas diamantinas gotas por siempre se evaporaron. El oidium las destruyó por completo,

y en vano el labrador ha querido sustituirlas con el zumo de nuevas vides, convirtiendo para lograrlo, aquellas amenísimas naturales praderas en artificiosos ceponales, pues sólo cosecha un vinillo agrio capaz de limar las estragadas gargantas de los que hoy los cultivan.

Varias de aquellas blancas y esparcidas caserías yacen silenciosas, conservando solamente algunas de ellas trozos de muro entre sus ruinas. Sus dueños las olvidaron, impulsados por ese deseo de mundanal ruido que domina al hombre, hasta el extremo de hacerle abandonar los encantos y goces positivos de la nativa y solariega casa por los mentidos que á su vanidad ofrecen las populosas villas, donde no logran realizar el anhelado sueño de vanidosa ostentación y cortesano halago y pierden la fé de sus mayores y el recuerdo de las santas tradiciones de familia.

Las rampantes hiedras visten y abrigan aquellos ruinosos muros con sus menudas y tupidas hojas de perenne verdor, dando una lección á los hombres ingratos que dieron sus moradas al olvido.

El hacha va cercenando los frondosos



árboles que en verde bosque el valle todo convertían, y mustio, silencioso, si murmura el río, es para protestar contra aquellos que le privan del ornato de sus riberas.

Las ferrerías de Don Gonzalo y de Donvergón, desvencijadas hace tiempo, ven poco á poco desprenderse del esqueleto de sus edificios, ya un trozo de muro, ya una ventana ó un petral de algún tejado, que al caer arrastra tras sí las pocas tejas que aun defienden las podridas y apolilladas vigas; y el carácter especial que las ya muertas y casi olvidadas ferrerías imprimían á aquellos lugares ha cambiado por completo.

Terminada la misa, discurrieron hombres y mujeres breves instantes en el campo de la iglesia. Quien habló:

—Dios ¡qué mano de chocolí se anuncia este año!

—Como se aguante Abril sin graniceras, ni sitio para el caso donde meterlo hemos de tener.

—Junto á la mi ventana hay cepas que muestran ya más de treinta racimos.

—Á Dios, Juana!

—A Dios, señá Manuela!

—¡Qué tarde para echar un corro, muchachas!

—Como no baile contigo, engañoso.

—A la tarde me lo dirás.

—Hasta luego, Julián.

—A Dios, Gabancho; déjame dir para casa, á ver si quito un brazado de hierba para las mis novillas; pero Julián, en vez de dirigirse á su casa, quedó solo esperando á Jenaro, que aun no había salido de la iglesia. Impacientábase nuestro hombre, cuando pasó á su lado la de las negras trenzas, á la que Julián saludó con un: Vete con Dios, Luisa, y añadió para su capote: Cuando la gallina sale, luego la arresigue el gallu. En efecto, momentos después decíale Jenaro:

—¿Qué hace ahí, tío?

—Te esperé para que subieras conmigo á hacer hierba para el ganado, que á la hora presente tendrá los dientes, pinto el caso, á modo de anfileres.

—¿Ha visto á Luisa? ¿Fué á casa de seña Manuela, ó siguió la senda de Santullán?

—Tiró por el sendero que á ti te duele.

—¿Si creerá que me pudro por ella?

—Que te pudres nó; pero sí que la miras



en la iglesia á manera de Santa, y antes que caigan los primeros grandonizos en estos quinocios, las primeras irán echadas. Ya tengo veintitrés, y me gusta esta mujer, el cura á todo correr: vaya, pero vienes ó nó, Jenaro?

—Luego iré, y no vuelva á mentarme á Luisa, ni en broma como ahora lo ha hecho, pues ni en broma quiero que se me hable de ella. Ya se lo he dicho mil veces: ¡qué tengo yo que ver con semejante mujer!

—Pues aticuenta que es la mi boca un pozo con una losa encima, y si algo te hay dicho, fué sólo un capiruchu, pues algo se ha de decir cuando se tiene lengua.

—Hasta luego, replicóle Julián, y mirándole socarrona y maliciosamente, prosiguió: Hombre escucha un minuto, pues los minutos son á modo de rayos que pasan presto; si vas á la fuente, mira á ver si ves agua que suba cuestras; yo me lo digo y me lo sé; la mujer buena es, á un simil, tan rara como el agua que las sube, y así como el dinero es capa de vicios, y la patata capa de pobres, eso es una comparanza.....

—Quede con Dios, dijo Jenaro, atajándole bruscamente, y enderezò el sendero que á

Santullán conducía. Si estará ya en la fuente, murmuraba camino de su casa; me parece que allí la encontraré.

No hay medio de atajar á ese hombre en sus comparanzas y capiruchos, y áno haberle atajado, no acaba en todo el día con sus similes. Es perro de buen olfato; pero sabré despistarle; poco sentiría que nadie comprendiese que estoy loco de amores por Luisa..... Nada se siente. No ha venido; llegué á tiempo; iré á casa por la hoz y un cesto, y desde allí espiaré su venida.

La fuente de la Suma dista obra de treinta pasos de la fachada del vendabal de la casa de Jenaro, y en esa fachada tenía la ventana el cuarto que ocupaba. Al poco rato apareció Luisa, la herrada en la cabeza, reverberando el ruido cobre por mil y mil fregaduras, los rayos del sol que señoreaba en un cielo al que no empañaba nube alguna.

Ocupábase la joven en colocar la herrada de modo que la brisa al azotar el hilo de plata de la fuentecilla no esparciese en derredor el agua, cuando Jenaro estaba ya á sulado; pero sin desplegar los labios. Transcurrieron así algunos minutos, mas viendo éste que la herrada se llenaba, dijo á la

joven, que como él tenía fija la mirada en los circulitos que describía el gotear de la fuente:

—¡Qué bonita es el agua! ¿verdad, Luisa? Mira que dibujos tan preciosos hace, parecen bolitas de cristal resbalando en un espejo. La joven por toda respuesta, sin variar un punto la dirección de su vista, haciendo pasar por encima de su hombro, de la espalda al pecho, una de sus negras trenzas que suelta tenía, comenzó á trenzarla con sus dedos.

—Tréznala con cuidado, Luisa, prosiguió el enamorado mancebo, porque ya sabes que tengo hace tiempo enredada mi alma en tus cabellos. Mira, Luisa, no sé cómo decirte todo lo que te quiero, y aun me parece poco para lo que tú mereces. Mujer de tus prendas y de tu hermosura no existe en éste ni en ningún valle. Nadie como yo te quiere... Por ver en tus ojos una mirada cariñosa, ves, te lo juro por la memoria de nuestras madres, que en el cielo están, daba yo toda mi vida. Pero siempre expresan los tuyos, cuando me miro en ellos, indiferencia, frío desdén; parece mentira que con tus ojos negros se pueda mirar así... Y ¿por qué rechazas

mi cariño? Esta mañana cuando salí al campo y ví sereno el cielo, sin una nube, el río de la Suma como la plata limpio, todas las praderas cuajadas de rocío, roseando el trigo en las heredades, apuntando los racimos en las parras, cubriéndose de verde los vallados, reventando los hinchados botones de todos los frutales, y hasta en esa escarpada peña amarillear los argomales; sentí como una alegría interior, un deseo vago, misterioso, que no pude explicarme, y más cuando oí á los malvices cantar en los rebollares en coro con los jilgueros y otras aves que en ellos anidan. Entonces, que, como siempre, de tí me acordaba, sentí ganas de reír y de llorar á un tiempo; y lloré, sí, lloré (y no me avergüenza decírtelo), pensando que en medio de hermosura tanta, faltabas tú. La herrada estaba ya rasa, y Luisa que durante toda esta arenga no había apartado los ojos de la fuente, sin mirarle siquiera, dijo á Jenaro:

—Echa una mano, que ya está llena.

Jenaro dió un puntapié á la herrada, que al verter bruscamente su contenido, sufrió una regular abolladura en uno de sus bordes. Luisa presenció aquella escena impávida,

sin inmutarse lo más mínimo.

Volvió el atolondrado joven á colocar la herrada en el sitio de donde tan brusca-mente la arrojó, y tras breve y silencioso rato, prosiguió diciendo con vehemencia suma: Si comprendieras de qué manera te quiero; si pudieras ver el fondo de mi alma á través de mi cuerpo, como ves las chinas de ese río á través del agua, estoy seguro que no serías tan desdeñosa conmigo. Si no me quieres, quieres á otro; pero ten presente, Luisa, á ser eso cierto, que como yo nadie puede quererte, porque mi afición á tí nació antes de tener edad para sentir estas cosas. Con sólo la esperanza, aunque remota, de alcanzar tu cariño, creo que me volvía loco, pues mi alegría no cabía en el valle, y entonces.....

—Echa una mano, que ya está llena, volvió á decir Luisa; y esta vez, obedeciéndola, asió de la herrada y la colocó suavemente sobre la cabeza de la joven, que sólo entonces hubo de fijar sus ojos en Jenaro.

No sé qué vieron los de éste en ellos, pero si que no vieron lo que ver deseaban; pues en el momento de separarse, díjole en angustioso tono:

—¿Ves esa peña donde has estado sentada? esa, esa, tiene más alma y más corazón que tú; y girando ambos en diverso sentido, se separaron por sendas diametralmente opuestas. Jenaro emprendió su camino procurando ahogar el llanto que amenazaba inundar sus ojos. Luisa dejó á los suyos lucir los rayos todos de una alegre mirada, y fulminándolos, miró con orgullo y desprecio á la naturaleza exuberante entonces de vida; pero su mirada fué un relámpago nada más, pues temía la joven que hasta los árboles descubrieran su secreto.





III.

Es forzoso suspender el cuento, para hacer algunas aclaraciones indispensables á la mejor inteligencia del mismo. Seré breve.

Angela perdió á sus padres y fué recogida por un primo de su madre, honradísimo vecino sí; pero seco, de pocas palabras, de carácter taciturno y grave; y la niña que contaba entonces diez años y era de complexión débil, necesitaba algo más que una camita limpia, un modesto aunque aseado vestido y una mesa suficiente; algo que, una vez perdido, no se recobra jamás: el dulcísimo calor del maternal cariño.

Cuandola muertecon su indiferente y destructora mano separa de nosotros los seres más queridos, queda en nuestro corazón, queda en nuestra mente el recuerdo, la me-



moria del sentimiento que en vida nos inspiraron; pero esta memoria, este recuerdo no satisface á nuestra alma, y privada del amor que es su existencia, consagra el tesoro de ternura que por los muertos atesoraba, á los vivos que la rodean y le inspiran simpatía.

Cuando á la noche de su niñez iluminó con sus albores la aurora de su adolescencia, experimentó la joven un cambio de afectos que trasformaron por completo su sér todo. Vió en Jenaro, no ya el amigo, no el hermano, sino el sér que inconscientemente rasga el velo del pudor que en su sueño á el alma envuelve, mostrándole horizontes hasta entonces desconocidos para ella, horizontes que, al verlos, la deslumbran, siendo tal la variedad de sus matices y tal la brillantez de su luz, que aunque en ella se inunda, la ofuscan por completo.

A medida que Angela veía aumentar su inclinación por Jenaro, disminuía las demostraciones de afecto que el amigo de la infancia concedía, y cuando comprendió, aunque de una manera vaga, misteriosa, que Jenaro llenaba ya su existencia toda, ese pudor instintivo, el mayor encanto del

amor primero, la apartó poco á poco del joven, hasta hacerle aparecer en sus relaciones amistosas como uno de tantos de los muchachos del valle.

Así las cosas, pasó Jenaro á Castro-Urdiales, llamado por un tío indiano que, deseando hacer de su sobrino un hombre de letras, se le confió al dómine Conchas, terror entonces de la estudiantil caterva de la pescadora villa. Un año escaso permaneció Jenaro entre Séneca y Cicerón, pues aunque quería mucho á sus libros y no eran flojos los deseos que á ser todo un sabio le animaban, prefería estudiar el alma de Luisa en los negros ojos de la que en el valle llamaban la Morena de Santullán.

Ahoreó los libros, llevándose algunos cadáveres á su casa, pues en el curso de sus estudios cobró mucha afición á la lectura, y de regreso en su aldea, más que nunca hermosos, apacibles y risueños los sitios todos del valle natal le parecieron, y entonces como nunca hermosa vió á Luisa, quien con su eterna y glacial indiferencia exacerbó el amor que aquél le profesaba. Vivía Jenaro desde la muerte de sus padres en compañía de su tío Julián Llanc y la suegra



de éste, ocupándose en las faenas ordinarias del labrador, y gozaba de un notable bienestar y una cultura relativa, merced á su tío indiano, que, como ya se ha dicho, quiso hacer de él un hombre de letras.

Acaso juzgue el lector, como juzgaban Jenaro y sus vecinos todos, que Luisa no tenía corazón, es decir, que le tenía cerrado á todo sentimiento generoso y agradecido; pero en este mundo engañan las apariencias. Yo poseo los secretos más íntimos de la joven, y voy á justificar su conducta.

El padre de Luisa, marinero brusco y soez, como muchos de aquellos que tienen su almacén en el fondo de los mares, quedó viudo al año de casarse, pues la hija costó la vida á su madre. El marinero pensó en volver á casarse, y se decidió, tan pronto como se acordó de seña Mónica, mujer ya madura, de avinagrado rostro, y de genio más amargo aún, pues sabía Raba, (apodo con que nuestro hombre era conocido), que á pesar de sus años, de su rostro, y de su genio, la tabernera era toda una proporción para él, teniendo como tenía sus cuartejos, y sobre todo habilidad para aumentarlos. El carácter de su futura Dulcinea algo le

dió que pensar, mas despreció esa condición, diciendo: Dios, una vez que yo tenga el timón, si venta nordeste, corro la empopada, si arrecia el noroeste, aprobo la lancha, y si viene la galerna, le hago dirse á pique y hospa!

Así discurriendo, se dirigió á Santullán, pues en aquellos mares nadaba el pez que perseguía.

Seña Mónica, que tenía taberna en Quitapesares y poseía el secreto de hacer dos de una cántara de chacolí, sin más conocimientos químicos que una rana, estaba en la puerta de su taberna componiendo un vaso con una cuerda, cuando llegó Raba, y mirándola éste con mirar un poco sotaventado, la dijo:

—Arrea en banda, atraque eso, Dios, qué maña se da seña Mónica, traiga para acá esi cordel, verá qué luego le hago yo una ensegadura que le deje como lancha carenada y calefateada, que no embarque gota de agua; y mientras, pasando del dicho al hecho, componía el vaso roto, añadió: Eche uno, que tengo sede y atruque de lo que vengo, bien merece paladialo; yo soy así, Dios: emtarcar ó no embarcar; rediez, pa-

trón!, cogiendo la escota no la largo, aunque vente del sur y se levante un borrao bajo el carel del barco. ¿Quiere casarse conmigo? Al oír esto seña Mónica, que vertía chacolí en un vaso, debió asustarse de veras, pues lo menos derramó sobre el mostrador medio chiquito de ello. Raba impertérito prosiguió: Tengo que dir á la mar, y la mi hija queda sola restromizándose entre los aparejos de pesca. Dios, esto no es ley, puño, lo dicho, nos casamos y la traigo. Yo tengo aquí al par, como sabe, un poquillo de hacienda, tres onzas alzadas bajo una baldosa de la mi cocina y la metá en la lancha de señor Juan, y aunque me retire para el caso, cobro una soldada por desposición del cabildo que así lo canta.

—Beba esti á mi salud, y no hay más que hablar.

—Conque traigo la chica?

—Traígala cuando quiera.

—Bueno enestonces, puño, el domingo las primeras.

Tras este idilio, seña Mónica y Raba se casaron, viviendo desde entonces Luisa en Quitá-Pesares.

Creció la niña entre su madrastra y su

padre, como silvestre flor entre los espinos de un seto, sin atreverse á alzar su cabecita buscando una mano generosa que la acariciara, pues, como la flor silvestre, también ella sólo espinas encontraba al querer solazarse y esparcirse. Raba y seña Mónica andaban siempre á la greña, y el carácter que las eternas querellas matrimoniales en Luisa imprimieron, se acentuó más y más con el trascurso de los años, pues á medida que éstos pasaban, eran más terribles las tempestades que en su hogar estallaban, tempestades que acababan siempre en lluvia, pues Raba las *corría*, midiendo las espaldas de seña Mónica á varas ó á palmos hasta hacerle verter un mar de llanto, y como la sogá se quiebra siempre por lo más delgado, las iras de la apaleada tabernera, se estrellaban en Luisa, que era la que pagaba siempre los vidrios rotos.

Las escenas que en su hogar presenciaba, la hicieron desabrida, como la conocimos jugando con Jenaro y Angela en la fuente de la Metra.

Al llegar á la adolescencia, se despertó en Luisa la sed de cariño, y acaso soñó con un hogar tranquilo, sereno, como cielo





sin nubes, donde compartir las penas y alegrías de la vida con un sér en quien pudiera depositar todo su cariño con ilimitada confianza, sér que había de quererla entrañable y constantemente para realizar sus amorosos sueños; pero la joven, si hablaba poco, pensaba mucho, y observó que algo de lo que ocurría en su casa, pasaba en la del vecino, y recordó á éste, á aquél, y al otro, novios, cambiándose mil promesas de constante y tierno afecto, y casados, sino sacudiéndose el polvo ó desollándose vivos con sus lenguas, por lo menos indiferentes, desdeñosos ó desabridos.

Con esa perspicacia y delicadeza de instinto, propio de las muchachas, Luisa se percató muy luego de la inclinación que por ella Jenaro sentía, antes de que éste se insinuara; pero al pensar en ello, pensó también que pudiera llegar día en que ese mismo mancebo tan solícito con ella, fuese, una vez casado, indiferente, acaso grosero, como lo eran otros, cuya vida y milagros no ignoraba.

La sola idea de que esto era posible la horrorizaba; tal era la que tenía de ese sentimiento que es base de la familia; por

eso aunque no dudaba que Jenaro la quería de veras, á pesar de ser éste el más apuesto mancebo del valle, y aunque á fuerza de huir de él, acabó por entregarle su alma entera; acostumbrada á vencerse á sí misma desde niña, ahogando la voz de su corazón, fué siempre con el enamorado joven sumamente desdeñosa, sin embargo de que nada satisfacía sus amorosas aspiraciones como los rasgos de amor que en él descubría.

Ahora que conocemos á nuestra gente, sigamos nuestro cuento.





IV.

EL domingo aquel ocupaba ya el astro rey su trono en el cenit, cuando cruzaban una de las sendas del valle Angela y Luisa acompañadas de una mujer ya madura.

—Ay chicas!, decía ésta á aquéllas; ya tocan á la agonía de los pucheros; voy á escape, pues aquél tiene malas pulgas y no sabe esperar.

—Mujer, un minuto.....

—Ni medio, Angela. Ya lo verás, si eres bastante tonta para casarte. Mal año para Judas, si el mejor tiene por donde cogerle; lo que es el mío, es de los peores. ¡Que hombres! esa los conoce. Tienes razón, Luisa; duro en ellos; ojalá cuando moza les hubiera hecho el mismo caso que tú; no viviría hoy tan arrastrada. Diciendo esto,



llegó donde el camino en dos se dividía, alejándose rápidamente en dirección á su casa, cuidando al andar de sacudir sus manos, después de haberlas pasado por el borde inferior de la herrada.

—¿Ves, Ángela, ves como tengo razón?

—Pues creo que no la tienes.

—Mujer de Dios, no has oído lo que dice esa.

—Aunque sea verdad, eso prueba solamente que viven ella y su marido siempre á la greña; pero no que sucede lo mismo á todos los casados.

—A todos, Angela, á todos.

—Mujer, no seas tan mal pensada.

—¡Ay hija! ¡dichosa de tí! todo lo ves hermoso como ese cielo: claro está; serás capaz de creer que un hombre por nuestra linda cara vá á sujetar su mal genio; el vago se vá á volver trabajador; el malo, hombre de bien.

—Si, señora, vaya si lo creo.

—¡Qué inocente!

—Chica, yo no digo que todos sean unos santos; pero pensar que no hay en el valle un muchacho bueno..... además, aunque no lo sean, creo que llegando á querer, si la

mujer tiene una miaja de picardía les hace serlo.

Al llegar á este punto, tentaciones tuvo Luisa de argüir en pro de su modo de pensar con gran acopio de razones, describiendo las turbulentas escenas que en su hogar presenciaba; pero repugnando á su instinto el hacerlo, por juzgarlo una profanación del amor filial, variando el giro de sus pensamientos, cambió un, á Dios, con su compañera, separándose ambas jóvenes en dirección de sus respectivas casas.

—Luisa, Luisa, no dejes de venir esta tarde al campo de la iglesia, gritó Angela á su amiga, pues estaban ya á alguna distancia.

—Aunque sea á el anochecer daré por allí una vuelta.

—Si, mujer, ni tú ni yo bailamos; pero hablaremos un rato de cuatro cosillas.





V.

Dos horas después un profundo silencio reinaba en el valle, cuando de repente ladró un perro repetidas veces; el de la casa más cercana respondió á sus ladridos, á los de éste unió los suyos el de la más próxima, y al punto cuantos perros había en las caserías todas, eran otros tantos coristas del perruno coro, señal infalible de que al valle se acercaba alguno de fuera. En efecto, veíase en una campa un muchacho cetrino, de arremangada nariz, cuyos ojos, por no verse, miraban uno al norte y otro al sur hundiéndose en los abultados pómulos de su mofletudo rostro, y no parecía sino que habían hecho en él la boca, rasgándole con instrumento cortante mal afilado. Sus andares torpes, la *escota* que sujetaba sus descomunales calzones, su

chaquetón, que á fuerza de ser remendado no conservaba ya un solo pedazo de su primitivo paño, los restos de un gorro catalán por entre cuyos resquicios asomaban los cerdosos mechones de un pelo bermejo, y sobre todo el tufillo especial que despedía denunciaban en él á un marinero. Monterilla era su nombre, es decir, su apodo, y me atrevo á asegurar que ignoraba el de pila. Los que andaban con él en la lancha, sostenían que lo mejor que había en él era su figura, y en el momento en que á nuestra vista se presenta, al pararse para hacer un cigarro, parece un espanta-pájaros colocado por algún labrador en sus sementeras.

Dirigiase Monterilla hacia la taberna de Quita-Pesares, sin duda por no perder la buena costumbre de visitar en los días festivos las ermitas del Dios-Baco, donde es fama que jamás faltó, alcanzando con sus excesos nota de bebedor de *mucha aguante*.

—Déjame echar una canta, roña! ¡qué rayos!, dijo nuestro hombre, terminando su frase en un prolongado bostezo, convirtiéndose así su boca en el plano en relieve de una caverna, y con destemplada y aguardentosa voz rebuznó estos cantares:

Marinero soy, morena,
marinero, y no me pesa,
pues de la marinería
sale toda la nobleza.

La mi mujer me compone
los calzones con un bimbre;
ello no será curioso,
pero sí será muy frime

y aun añadió este otro:

Al entrar en Castro-Urdiales,
tengo de echar una canta
para que diga mi amante:
ya viene lo que hace falta.

—Tú falta, so lichón! ¿ónde haces falta,
ónde?

—¿Qué sabes tú, hijo una cabra.

—Te quieres largar.

—No me sale, roña! Vente pacá, Juanón,
pues motivao á que amos pillao fuerza de
sardina esti día, tengo para ver si se le ha
acabao el chacolí á Raba.

—No puedo ahora; luego iré, á Dios.

—Mal rayo te parta. Dicho esto, quedó
solo el pescador, y como acertara á pasar por
allí un perrillo, dulcificando cuanto le fué
posible la acritud natural de su rostro, llamó



al animalito, que intentó acariciar á Monterilla, mas éste, viéndole á su alcance, le arrimó un tremendo puntapie, diciendo: anda, ladrón, vete á ladrar á la perra de tu madre.

Realizada esta hazaña, acertó á pasar cerca de una casería, en una de cuyas ventanas, había unos claveles. Verlos, coger una piedra y romper con ella las macetas donde crecían, fué para Monterilla la operación más fácil y natural del mundo. Llegó á Quitapesares estando Raba á la puerta de la taberna, ocupado en trenzar crines de caballo, para hacer con ellas aparejos de pesca, y le avistó diciendo.

—Entavía es hombre para hacer una sereña, como cuando andaba á la mar.

—Azoca eso, Monterilla, y dime si la hace faltar una guadaña de media libia y un jibión de más de dos, pringao, á losanfileres.

Asió Monterilla el aparejo que el ex-pescador le ofrecía, y aprovechando un instante de distracción en éste, picó con sus dientes varias de las crines con que estaba tejido, y cuando Raba alzó su vista del suelo para ver el resultado de la prueba, separó bruscamente sus manos juntas, partiendo en dos

aquel trozo de sereña.

—Desde que no anda á la mar, se le olvidó el oficio ¡Roña! lo que es con esti aparejo, el tonto que llegue á mercarlo, no pillará muchas lobinas. Roña! ¡Si esto falta á la primer sesgada que le dé uno de aquellos peces!

—Dios! como no faltas tú ántes; puño! recelos tengo que la haigas picado mientras me abajé al suelo. Monterilla, por toda respuesta, lanzó una feroz carcajada.

Raba añadió:

—¿Con quién andas á la mar ahora?

—Con Viruela, en la su lancha.

—¿Y qué tal os pinta la costera?

—Muere bastante sardina, pero venta mucho: Dios! esti día pensé que íbamos á dir á pique; cambió el contraste y salió una galerna que nos rució las costillas; pensé que tumbabamos; el patrón largó la escota una pila veces, con el borriquetillu en proba y el tallavientu con un ris en medio. Alegráronse los ojillos á Monterilla, que suspendió su relato, pues apareció Luisa por la escalera interior que ponía en comunicación la taberna con el piso de la casa. Al verla, exclamó Raba:



¿Qué haces ahí, hongazana?; mejor harías ir á la fuente y traer un botijo de agua fresca.

—¡Padre, si está la herrada llena!

—Ya estás andando ya; pillá ese botijo, y ya estás de vuelta ¡Hospa!

La joven emprendió silenciosa el camino de la fuente. Volvieron á quedar solos, y Monterilla dijo:

—Eche media y espere una remesa, mientras voy aquí al par: dicho esto, saliendo de la taberna, siguió el mismo camino que la hija del ex-pescador.

Demasiadamente pensativa y asaz melancólica encontró á Luisa en la fuente engolfada en el mar de sus propios pensamientos, al extremo que pudo Monterilla *atracar á su lado*, sin descubrir su presencia hasta que lo hizo intencionalmente, arrojando contra la superficie del remanso una piedra de no pequeñas dimensiones, salpicando, al hacerlo, la faz y los vestidos de la descuidada joven.

—Jesus! qué susto me has dado! En vez de mojar mi cara, mejor harías lavar la tuya, pues bien lo necesita.

—Dios! si eso quieres, arrepara. Así diciendo, Monterilla dió un revés al mugriento

gorro, quedando en puras crines, y arrojándose al suelo, tendido de largo á largo, metió cara y cabeza en la fuente, sacudiéndola en todas direcciones sin llegar á ellas sus manos; pero como el pobre era muy arrimadito á la cola, tan cerdilmente realizó el nuevo modo de lavatorio, que cuando retiró su cara, apareció teñida con el cieno que agitó al *restromizarse*.

Gran contento recibía la joven viendo aquella monstruosa figura tan monstruosamente desfigurada, pues acogió su aparición con risa prolongada. Jenaro á cuyo oído llegaron aquellos rumores, se apostó tras la ventana de su cuarto, que, como ya se ha dicho, distaba obra de veinte pasos de la fuente.

—Te gusto, ¿nordá, Luisa?, decía Monterilla en medio de feroces carcajadas.

—No me has de gustar, hombre, si pareces un demonio.

—Rediez, patrón, y más eso; demonio dices, demonio, pues por esta, ves, (aquí hizo una cruz, cruzando el pulgar sobre el índice de su mano derecha, y la besó), hay en Castro una pila de muchachas que me harían un favor, Dios!



—¡Ya lo creo!

—¿Te rides, recontra, te rides?..... espera una remesa.

—Padre aguarda: me dijo que volviese pronto, á Dios.

—Voy contigo.

—Bueno, pero sécate la cara.

—Ya está dicho, y así diciendo, ántes que la jóven pudiera evitarlo, Monterilla asió el limpio delantal, y arrimando su cara á la cintara de la doncella, frotó rápidamente el blanco lienzo con su negra figura, sin cuidarse de las protestas de Luisa, pues mientras ésta, pugnando por separarle, le decía: Anda, poca vergüenza, sucio; el otro contestaba, sin cuidarse de obedecer: Dios ¡qué gusto!, no may ensugado jamás con un trapo tan blanco como el tu delantal; y tal placer tomó Monterilla en aquella clase de juego, que fueron vanas las súplicas y amenazas que la joven le propinó, y al cabo, no pudiendo zafarse Luisa de aquel bárbaro, agotada su paciencia, vertió bruscamente sobre él toda el agua de su botijo; pero el marínero, sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió un descomedido bofetón á la indefensa joven. Si en aquel momento hubiese existido en el

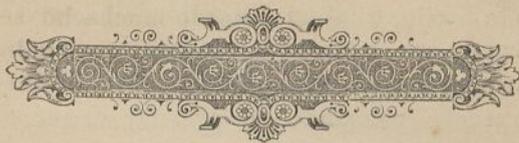
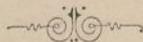
fondo de aquella alma perversa la sombra nada más de algún generoso sentimiento, el mayor castigo de Monterilla hubiese sido la presencia de Luisa, cuyos ojos le midieron de arriba á abajo expresando el más vivo de los desprecios, con más indignación que ira y más rubor que deseos de venganza. Pero si para el marínero fué esto letra muerta, no sucedió lo mismo con Jenaro. Bajar de dos pasos los de la escalera de su casa, salvar la distancia que de su amada le separaba, y devolver á Monterilla cien bofetones por uno después de haberle hecho medir el suelo, fueron operaciones que realizó en menos tiempo del necesario para contarlo. Camino llevaba de menudear reveses hasta la puesta del sol, cuando Luisa, ocultando toda la gratitud y alegría que la dominaba, dijo á Jenaro, mirándole con ceño adusto:

—No le pegues: más cobarde y descastado eres tú que él, si le pones la mano encima: y volviéndose á Monterilla, añadió digna pero cariñosa: No vuelvas á hacer lo que has hecho, y aun podemos ser amigos.

Jenaro sintió el golpe en mitad de su alma y quedó enclavado en el sitio, sin voz



ni movimiento. Luisa tornó á llenar el vaciado botijo, y el abofeteado muchacho se largó con buen compás de pies, gruñendo lo peor que pudo.



VI.

Así como al recibir un golpe en parte donde alguna herida se cicatriza, el dolor que sentimos renueva todos los de aquella herida; así también cuando á nuestra alma hiere la última manifestación del desvío de la mujer amada, se renuevan, exarcebándose, cuantas penas en pasados días, al ser por el desdén herida, la atormentaron.

Jenaro, cuyo tormento eterno causaba la indiferencia de Luisa, sufrió tanto con el último desprecio, que al principio creyó imposible soportar aquel martirio; mas transcurridos algunos instantes, se alejó del sitio donde quedó enclavado, llevando impresas en el rostro las huellas del dolor que atarazó su pecho.

¡Lástima grande que en ciertas ocasiones



de la vida el amor no fuese adivino! Mientras él se perdía en los robledales, ella, luchando con las serias preocupaciones que de los hombres la apartaban, por vez primera quedaba pensando en premiar el amor del atribulado mancebo que de designios diametralmente opuestos le creía animada.

Si Jenaro la hubiese visto sentada en una piedra, los brazos indolentemente caídos y los negros ojos fijos en el lleno cántaro; pero sin ver que rebosaba el agua hacía rato por los bordes todos, y hubiera leído su callado pensamiento, sin duda, la alegría que entonces sintiera, fuera tan intensa, como acerbo fué su dolor.

No sé hasta cuándo permaneció Luisa en aquella actitud meditabunda; pero si que Jenaro discurrió largo tiempo, errando por diversos senderos, sin conciencia del que transcurría.

La tarde moría, pues iba á faltarle el sol al hundirse tras los Guriezanos montes: á la fresca brisa que reinó en el día sucedió un suave viento sur que apenas se atrevía á mecer blandamente las nuevas hojas de árboles y plantas; de los ríos y encañadas se elevaban azulados vapores flotando ma-

jestuosamente; el cielo se coloreaba de cárdenas, nacaradas y enrojecidas nubes, por entre las cuales la luna aparecía como inmensa y sagrada hostia en las altas cimas colocada; los pájaros en arboledas y vallados entonaban perezosamente el último, dulce y amoroso canto al ave compañera; los ecos mil de entrecortadas frases, los alegres de la romería, dominados por el del silvo y del tamboril, mezclándose á las voces de los que dispersos estaban, se percibían confusos en tropel: y el monotonó son de la campana llamaba á la oración, prestando al valle algo de agosto, solemne y religioso: parecía que la naturaleza con su elocuente lenguaje anunciaba al hombre que la hora de amar era llegada; y para las almas tristes, acrisoladas por el desvío de la muger amada, cuando el sol muere, nace la brisa, los vapores se elevan, el cielo se colora, la luna aparece, los pájaros cantan y se perciben confusos rumores de ajenas alegrías á los que pone fin la religiosa voz de una campana, es como nunca imperiosa y ardiente la sed de cariño.

A esa hora, pues, y en aquel estado de ánimo caminaba Jenaro sin rumbo fijo,



cuando Angela, alejada también del bullicio de la romería, buscando sitios más en consonancia con sus sentimientos, cruzaba el mismo robledal.

Estaban á pocos pasos uno del otro, pero no se habían visto, distraídos por parecidas imaginaciones. En aquel momento una fresca y femenil voz entonó este cantar en la campa vecina:

Tengo la mayor riqueza
porque soy rica de amor,
pues tanto como á mi el novio
al novio le quiero yo.

El eco de estos acentos volvió á los jóvenes al mundo real, y al erguir sus cabezas, sus ojos se encontraron. Hay ojos que miran franca y lealmente, incapaces de fingir una mirada, verdaderas páginas del libro del alma.

Cuando los de los jóvenes se encontraron, repitiendo lo que con los suyos se acababan de decir:

—¡Qué verdad! observó Jenaro; y añadió Angela:

—¡Tiene razón! Esto dicho, quedaron ambos silenciosos y pensativos.

Las cosas en apariencia más superficiales y fútiles deciden á veces de nuestra existencia, y si no deciden, marcan el derrotero á los actos más trascendentales de la vida.

La balanza que con varios quintales ve alto su platillo, la ve inclinarse con la última onza que para completar el peso necesitaba. La última manifestación del desaire de Luisa impulsó á Jenaro á olvidarla, acabando por decidirle el encuentro con Angela y las especiales circunstancias en que el encuentro acontecía. Creyó que, teniendo un instante de expansión con su aparecida amiga, distraería su pena, siendo este incidente el primer paso dado en el camino del olvido; y rompiendo el ya prolongado silencio dijo á la joven:

—La verdad, Angela, esa muchacha tiene razón cantando lo que canta: ¿para qué sirve todo en el mundo, si no existe una persona á quien ofrecérselo? ¿No te parece que vale más una mirada cariñosa que cuantas haciendas é intereses hay en la tierra? Te aseguro que nadie habrá con suerte como la mía en ese punto, querré cuanto se puede querer, y no agradecerán mi cariño.



—Eso no será así, pues en el valle todos te estiman, observó Angela con timidez. Jenaro prosiguió sin fijarse en aquellas palabras:

Y sin embargo, sería tan hermoso poder en horas como estas, decir á una persona todo lo que le anda á uno por dentro, seguro de que esa persona sentía las mismas emociones, gozaba tanto como uno con las mismas alegrías, con esa cosa en fin que no acierto á explicar....; por ejemplo, supongamos que tú y yo nos queremos de veras, ¿quién era más feliz que nosotros en este momento? oiríamos todos esos ruidos que llegan confusos hasta nosotros, y nos parecerían los que los producen dignos de lástima, porque no gozaban dicha igual á la nuestra, pensando y creyendo que nuestros ojos guardan toda su dulzura para mirarnos, que nuestras personas se esmeran al vestir por agradarnos mutuamente, que nuestros actos todos son encaminados para acrecentar nuestro cariño; y nos parecería que este anochecer con todos sus accidentes lo disponía Dios para tratar cosa tan santa como el cariño que atesoran nuestras almas; pero no digo yo en este sitio, á esta hora y en estas circunstancias;

en el rincón más árido de la peña de Santullán fuéramos más felices que reyes en sus palacios, si no igualaba el amor los palacios al rincón, pues es uno completamente feliz con estar cerca de la muchacha que nos enseña á querer, por quién deseamos todo y sentimos no ser nada; de esa joven que al acercarse á nosotros compartiendo nuestro cariño, nos acerca á Dios, haciendo que le conozcamos mejor y por consiguiente que le amemos más y más, bendiciéndole por un beneficio que juzgamos no merecer, pues sábelo, Angela, cuando se quiere de veras, siempre parece uno poca cosa para la joven que despierta nuestro cariño; y lo que se sufre, madre mía, con los desprecios! Estoy seguro: la mujer de peores entrañas no haría jamás ninguna demostración de desprecio al hombre que la quiere, si fuese capaz de comprender cómo le destroza el alma. No teneis obligación de casaros con cualquiera, solo porque os quiere bien; pero si debéis estar agradecidas, y no castigar con palabras y obras á quien sufre el tormento de querer sin ser querido.

—Sí, debe agradecerse; ¿pero acaso hay alguna que no agradezca? interrumpió Angela.



—¡Si tan seguro y fácil me fuera hallar un rincón en el cielo como en el valle una ingrata!

A buen andar entraba la noche en el valle, por fortuna para la joven, cuya única aspiración era el amor de Jenaro, á quien jamás había oído hablar en aquellos términos; pues á otra hora, el rubor del semblante y la alteración de su persona la hubiesen vendido completamente; y observando que reinaba ya la obscuridad, recordando la cita con D. Tomás para después del rosario, se levantó de su asiento, diciendo á Jenaro.

—Voy hacia el campo de la iglesia, pues es ya muy tarde.

—Te acompañaré, si quieres, Angela, aunque no sé cuántas cosas te he dicho sin poderlo remediar; pero prometo no cansarte, no hablando más del caso.

—No me cansas; si precisamente eso mismo pienso yo del querer, y creo que te quejas de vicio. ¡Madre de Dios, y cuántos habrá que tengan más motivos de hacerlo!

—La joven dijo esto sin afectación, sin estudio, pues era incapaz de faltar á las leyes de la más exquisita delicadeza; pero no en vano ha dicho el Espíritu Santo: “De

la abundancia del corazón habla la lengua,, y en sus últimas palabras inconscientemente dejó entrever el estado de su alma. En efecto, fué tan dolorosa y natural la expresión con que las pronunció que sólo entonces se fijó Jenaro en su verdadera situación en aquel momento, y comprendiendo que Angela padecía igual dolor al suyo, se echó á pensar quién podía ser el que desdeñaba á la niña de los ojos verdes; y pensando y discurrendo mientras lenta y silenciosamente cruzaba el bosque umbrío, en un punto se agolparon á su memoria los días de su niñez, el recuerdo de la predilección especial que por él tuvo siempre la huérfana, y otras mil circunstancias hasta entonces por él despreciadas, preocupado con su eterno martirio. De su meditación nació la descabellada idea de averiguar la verdad, y una vez realizadas sus sospechas, consagrar todo su afecto á Angela, idea descabellada, pues ignoraba el inexperto mancebo que el cariño que atesora nuestra alma no se trasmite voluntariamente, siendo como somos juguete de nuestras pasiones é inclinaciones, sobre todo del amor primero, que reinando en nuestro corazón, lejos de obedecernos,



nos manda como á simples vasallos suyos.

En consecuencia, sin querer pensar en las de sus preguntas, dijo á la huérfana:

—De tus últimas palabras imagino, Angela, que tú conoces á alguna que bien quiere y no es querida, y como pudiera suceder que esa persona fueses tú misma, te aseguro, á ser eso cierto, que aquél que te desaira debe de ser muy desalmado y muy tonto. ¡Ay Dios si fuese yo ese hombre!

La joven intentó decir un: ¡Quién sabe! en tono chancero; pero su emoción la vendió, y como su acompañante estaba en guardia, hubo de notarlo, y entonces le sucedió lo que no esperaba, pues conociendo á Angela desde la niñez, la sabía virtuosa, modesta y bonita cual ninguna en el valle, y en aquel momento, impulsado por el desvío de Luisa y sus deseos de olvidarla, engañándose á si mismo, pensó que su encuentro con Angela fué Providencial, que era su destino, y otra infinidad de imaginaciones que la suya calenturienta se forjó, y sin medir el valor de sus palabras, dijo á la niña de los ojos verdes, parándose en el robledal inmediato á la iglesia:

—A Dios, Angela, hemos llegado; pero

antes escucha una palabra. Yo te quiero. Dime tú á mí otra y no haya más que hablar.

La niña de los ojos verdes nada dijo; dejó rodar por sus mejillas silenciosas lágrimas, distintas de todas las que hasta entonces había llorado, y miró arriba, muy arriba, extasiada de celestial ventura. Viendo el joven que nada decía, repitió la pregunta, y esta vez la joven contestó que sí.

Apenas escuchó esta palabra, desapareció Jenaro entre los árboles del robledal.

En el



VII.

MOMENTOS después penetró Angela en la iglesia, desierta entonces. Una vez en ella, se acercó á un altar que ostentaba una sencilla imagen de la Madre de Dios, á la que adornaban aún las flores que la huérfana puso á sus plantas en la mañana de aquel día; y, cayendo de hinojos, comunicó todas sus alegrías, agradeciéndolas, como autora de ellas, á la Virgen Santísima.

Era su refugio, era su madre: tantas veces confió á la Divina Señora sus pesares, sus aflicciones, que quiso fuese la primera que conociese toda la dicha que llenaba su alma.

Oh! ¡qué hermosa es la fé! El cielo supo bien en justa compensación distribuir sus dones. En la mujer, de suyo destinada á sufrir en la tierra más que el hombre moral

y físicamente, atesora Dios más piedad, más fé; y esta fé, si necesaria es en las grandes aficciones de la vida para no caer desfallecidos, no lo es menos en las felicidades que arroban nuestras almas, pues ¿á quién comunicamos esas alegrías íntimas que, como divinas, están sobre toda humana comprensión? Por eso Angela, que profesaba especial devoción á María, acudió á su altar para comunicarle y agradecerle su inmensa felicidad.

Allí permaneció hasta que Juanón, al dar el último vistazo antes de cerrar la iglesia, la columbró, y la sacó de su meditación, diciendo en voz alta y desabrida, con ese poco respeto que los sacristanes tienen á los templos:

—Quién está ahí, que se largue, porque si nó, la encierro endrento.

Salió la joven y encontró en el atrio á Don Tomás, á quien dió las buenas noches.

—Muy santas y muy buenas te las dé Dios, hija. Me parece que estás mas contenta que esta mañana.

—¡Vaya que si lo estoy!

—Me alegre, Angela, me alegre.

—Si hasta comprendo que á veces se

vuelva una loca de alegría....

—Eso no loquilla. Has de saber, Angela, que no debemos alegrarnos sin medida en nuestras felicidades, ni entristecernos hasta la desesperación en las grandes aficciones, que para probarnos nos envía el Señor; pues las penas que nos parecen insoportables, un incidente cualquiera cambia en dichas, y las mayores felicidades se desvanecen como el humo. Pero vamos á ver, ¿cómo ha sido ese cambio, cómo ha sido?

—Si vivía engañada!—y bajando la voz añadió—me quería.

—Esa es nueva; nada digas ya, aunque no está de más conocer el nombre del pecador, pues por lo visto está arrepentido. Entonces la niña de los ojos verdes contó á Don Tomás, lo mejor que supo y pudo su encuentro y entrevista con Jenaro, sin quitar ni poner punto ni coma.

Don Tomás quería mucho á todos sus feligreses: pero sentía por la huérfana un afecto especial, tanto por haberle suplicado la madre de Angela, al ayudarla á bien morir, que velase por ella, como por ser la joven modelo de las del valle; y se holgó en extremo cuando supo quién era el que



había conquistado el amor de la huérfana. Conocía á Jenaro desde niño, y la juzgó feliz á su lado.

—Con que te parece mentira el llegar á casarte con Jenaro, pues te aseguro que con él te casarás. Le conozco, y cuando entre un muchacho como él y una niña como tú tiene lugar una escena como la que me has contado, intervengo yo enseñada, pues no tardan en venir á buscarme para casarlos.

—Buenas noches, Don Tomás, dijo el primo de la madre de Angela con quien esta vivía.

—Santas y buenas, Felipe.

—Por Dios, no le diga nada, observó la niña al Sacerdote.

—Vamos á casa, Angela, mañana tengo que bajar carbón para la ferrería de Don Gonzalo, y como la Campa del Manzano, donde hay que irlo á buscar, está lejos, fuera es madrugar.

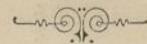
—Me parece que tendrás buen día para ir al monte, Felipe.

—Si, Señor, como no vente fuerte el sur que empieza á soplar, pues si arrecia, no hay quien pare en la sierra.

—¡Dime á mí nada del viento sur! si no se puede echar una liebre: con demanda fresca pierden el rastro los mejores perros; hasta los míos que ya conoces. ¡Pobre Chispas! ¡pobre Ley!

—Con que D. Tomás, hasta mañana.

—Santas y buenas; voy á ver si mi hermana se acuerda de mí.





VIII.

LA cocina era espaciosa: ancha y ennegrecida campana, por cuya chimenea se descolgaba un llar soportando una olla de hierro; en el ancho escaño unas rústicas banquetas de roble, barnizadas por el tiempo y horadadas por la polilla; en uno de los ángulos una mesa de macizo nogal, de una sola pieza; y en otro una artesa, al lado de la cual sobre un banquillo se veían una caldera de cobre y una herrada de madera con aros de hierro. Aquí y allá *pericachos*, azadas, layas y otros útiles de labrador. A su planta, que era piso llano (cuyo suelo era de arcilla), daba acceso un marco sin puerta, única en aquella estancia, á la que hacía compañía una ancha ventana cerrada entonces. En el fogón se consumían, humeando apenas, va-



rias pavesas restos de un extinguido fuego.
—Madre, qué humera! si no se puede alentar! Abre esa ventana, Jenaro. Así dijo Julián Llano, penetrando en la cocina con su sobrino. Abrió éste las dos hojas, dando paso al humo y á la pálida luz de la luna, que hacía dos horas alumbraba tristemente el valle.

—¿Onde andará la mi suegra? ¿Si estará albergada con las gallinas? Mirala; ya viene: verás que luego espensa á carraquear como ellas. No la mi suegra, si no la de Julián apareció en efecto con un candil en la mano. Era ésta, mujer de apergaminado rostro y cana cabellera, (pues de esas fechorías hace el tiempo cuando le tiene), muy tartamuda, apañadora, de buena índole y quería mucho á sus hombres, como llamaba á los de casa.

—¿Do... do.... dón..... deais... es.... estao?

—Lo dicho, á un simil como las gallinas; ya la tienes carraqueando.

—No le haga caso, seña Andrea, y traiga la cena, observó Jenaro.

—Te bul..... bul..... bulr.....

—Rás, añadió Julián, terminando la frase. Andrea, que conocía el humor de su yer-

no, cerró el pico, como prudente, mejor y sistemática medida adoptada en casos análogos, y puso sobre la mesa, que Jenaro acababa de colocar en el centro de la cocina, la sana y abundante cena que desde el anochecer tenía preparada.

Cenaron en paz y en gracia de Dios, haciendo el gasto Julián, sazonzando la comida con varias comparanzas, símiles y capiruchos. Poco después se retiró seña Andrea, y quedaron solos los hombres.

Tristemente preocupado estaba Jenaro meditando en su entrevista con Angela, pues si bien sabía que el amor de la huérfana era más que suficiente para colmar los deseos del mas difícil mancebo; se le alcanzaba que no era asequible entregarle su corazón, del que, á su pesar y despecho, en aquel entonces era Luisa reina absoluta. Para vencerse á si mismo y no volverse atrás, quiso ligar más el compromiso contraído con Angela, y aunque su natural era reservado, determinó confesar á Julián su resolución de casarse con la niña de los ojos verdes.

—Oígame Julián, pues le hablo en serio. Se acuerda que esta mañana me dijo que me



perdía por la Morena de Santullán, y negándoselo, insistió en su manía?

—Y á la hora presente corre el agua por el mismo regatu, eso es un suponer.

—Pues se equivoca. Me caso con Angela.

Quedó Llano oyendo tal, como perro des-pistado, mirándole de hito en hito; pero vuelto de su asombro, dijo:

—Al valle te tira la afición; por eso me dijiste enestonces, al hablar de Luisa, que había en Sámano quien darla podía punto y raya. Pues mira, mi sentir era que á la Morena querías.

—Pues ya vé cómo se equivocaba.

—Un equivoco cualquiera tiene, pero no haya más que hablar, sino que beber, pues pensar en no hacerlo en la hora presente de tu agonía, ni por pienso, que son los novios, á un suponer, como los malos he-chores cuando viene por ellos la policía, pues sólo tienen horas de libertad; y trae el chocolí de más años por ser el más viejo, y verás tú cómo, en llegando á paladiarlo, sueñas que estás libre como codorniz en los rastrojos.

—¿De cuál saco, del blanco ó del tinto?

—De los dos, hombre, pues decía el mi

suegro: Si te ofrecen pan ó caldo, pide sopas, y no la yerras: y bajando la voz, prosiguió: pisa como el raposo, pues si la mi suegra observa que visitamos el barrilillo, penará como si la sangraran.

—Descuide; vuelvo al instante. Diciendo esto, Jenaro descolgó la llave del lagar y desapareció, diciéndose á sí mismo: ¡Qué diablos! tiene razón; beberemos; es de bestias estar triste; me distraerá un rato con su eterna charla, y acaso, acaso, olvidaré bebiendo. Tornó al poco rato y colocó dos jarros sobre la mesa. Vertió chacolí en dos vasos, mas como al hacerlo, derramara de lo tinto, díjole Julián:

—Se conoce que vas á casarte, pues hasta el chocolí te se derrama. Asíó del jarro, despreciando el vaso, y Jenaro creyendo prudente imitarle, hizo lo mismo.

—Por la tu novia.

—Por ella bebo: y poniéndolo en práctica, dieron tales besos á los jarros, que los pusieron como nuevos.

—Qué chocolí!, si es gloria. Oye una comparación: si fuese el río de la Suma todo de chocolí añejo, burfs! yo creo que estaría, á un simil, como las truchas, siempre en el



fondo; ni para alentar saldría; y tú?

—Tampoco! replicò el joven con forzada risa, y como, al decirlo, diera con el codo á uno de los vasos llenos que en la mesa estaban, exclamó Julián:

—Mal rayo! por poco se cae y le varcias. Que se caiga antes la iglesia de Sámamo, así nos apastre á todos endrento. Burfs! burfs! así erutó nuestro hombre media docena de veces.

—¿Cómo se llama eso que acaba de hacer?

—¿Cómo se llama esto que estoy haciendo? aquí Julián echó un trago; burfs, rebotar, hombre, rebo..... burfs..... tar. Por la tu novia..... ¿no bebes?

—Sí, hombre, sí, mire.

—Se me afigura que tienes el vino triste. Madre ¡qué cara! si parece que estas tomando alguna medicina. Eso es, adrento, que rico!

—Deme el tinto, que éste parece amargo, y beba el blanco.

—Toma: aquí cambiaron de jarros. Amargo dices! ah pobre, ya chocheas: si el chocolate éste es á manera de miel sin cera. Toma, y tenemos aún un cacho de queso! Que trone ahora! Déjame llenar la pipa. ¿Hay lumbre

en el fuego?

—Recontra, me quemé!

—Si lo digo; si has pillao el tizón por la parte encendida,

Mete el dedo en el chocolí, y te se curará, pues el chocolí, es un símil, á modo de bálsamo que lo sana todo.

—Ya pasó, otro trago!

—Una docena!

—¡Qué calor hace!

—Es que calenta el vinillo.

—Poca cosa.

—¿Cuándo es la boda, Jenaro?

—¿Qué rayos sé?

—Pregúntamelo á mí enestonces; pero sea cuando quiera, vaya un chocolí, oye mi sentir, y lo que digo, digo; tú escucha, y no digo más; y arrepara que el matrimonio es, á un símil, un suponer á manera de un campo que está para asementar. Asementase en él el pajón, asementase en él la arveja; esto es una comparanza; naci el pajón, naci la arveja: cuádranle mejor los temperos al pajón, y metiendo sus radices en el séquito puro de la tierra, sube penticular hasta dominar á la arveja que naci al pié y se apoya en él, y asina los dos dan buen fruto



y llegan á madurar; eso es un capirucho; pero si por un aquél cuadran mejor los temperos á la arveja, y naci con mucha lozanía, se arrodia al pajón entavía chiquitu y le dominia.... ¿te rides, contra, te rides?, le dominia, sí, hombre, loga; esto es, vamos á un decir; lo cual en mi sentir no es para redirse, sino para pensarlo, y cuadra aquí como rueda en su eje. Tú eres el pajón, tu novia la arveja: si ella se apoya en tí, es un suponer, y tú la sostienes, á un simil, como el pajón á la arveja, andará bien la casa; pero si una vez te agarra de las orejas, pinto el caso una comparanza, como la arveja al pajón, te dominió para siempre y.....; trae más chocolí, que aun tengo sede.

—Esa comparanza vale un trago.

—Pues si le hay de beber, ya estás de vuelta.

Volvió Jenaro con abundante repuesto del exquisito vinillo, al que tributaron ambos una cordial acogida, sobre todo Julián, que tenía el vino alegre. Media hora después decía éste:

—¿Ves este vaso? una comparanza: le ves lleno, pues mírale vacío: ¿ves este otro?, pues mírale (el vase cayó al suelo).

—Roto,

—¿Se ha rotpido....? pues lo que es yo, no estoy borracho.

—Yo tampoco; es la cocina que dá vueltas.

—Eso no es cierto; el piso es el que se menea. Si no hay manera de tenerse de pié!; la nuestra cocina es á modo de un barco; ¡madre! cómo se ajumpia!

—¡Si no quiero verlas!

—¿A quién?

—A ellas, pues.

—Si estás borracho, rediela.

—Ahora dan las dos, vueltas á mi alrededor....

—Ahí te pudras. Déjame ver si aun queda algo. Al llegar á este punto, los dos hablaron largo rato sin coordinación de ideas y como si estuviesen solos. Por fin dijo Julián:

—Ya te digo ya te hay dicho una comparanza; — el candil no alumbrá — ya te digo, ya te hay dicho un suponer....

—Por mí que se pudra Luisa.....; este vino amarga.....; que se pudra.

—Que se pudra, madre, que ajumpeo!

—Por mi novia! exclamó Jenaro levantándose en actitud de brindar. Julián quiso imitarle, mas al intentar ponerse de pié, se

desplomó diciendo:

—Más abajo no he de dir, y así, tumbado de largo á largo, quedó dormido, soñando que los ríos y fuentes del valle eran de exquisito chacolí.

—Por ella, pues.....; sí, por Luisa, ó por Angela, exclamó Jenaro, y quebrando el vaso contra una de las paredes, añadió: ó por el demonio. ¡Maldita sea mi suerte! Dejóse caer en la banqueta, apoyó los brazos cruzados sobre la mesa, hundió entre ellos su aletargada cabeza y quedó luchando entre la vigilia y el sueño.



IX.

CINCO días después de aquel en que empieza nuestro cuento, la niña de los ojos verdes, alegre como unas pascuas y sonriente como mañana de primavera, cruzaba un robledal á cuyo extremo se dibujaba la casa de Don Tomás, y si la joven no cantaba como los pajaritos en la enramada, era porque hay alegrías para cuya manifestación el canto es grosero, según son inmensas y delicadas.

Esta dicha nacía en Angela de sus cotidianas entrevistas con Jenaro, quién, tenaz en su empeño, la enamoró con tanto ahinco que acabó por convencerse de que pronto podría hablarle de casamiento, no esperando para realizar el suyo, si no á desterrar por completo de su alma la imagen de Luisa, que aun se le aparecía, si bien cada vez con



líneas menos acusadas y más pálidas tintas.

Al llegar Angela á casa de Don Tomas, le encontró rodeado de sus sabuesos, escribiendo en un cuarto que, además de las indispensables paredes, tenía una mesa de roble, dos banquillos de la misma madera, un estante con varios y diversos libros, y en una de las paredes, pendiente de un clavo, se veían su raído manteo y su escopeta, cuyo cañón servía á su vez de percha al sombrero de teja.

Después de los saludos de costumbre, Don Tomás presentó un pliego á la huérfana, diciendole:

—Mira, Angela, ves? poca cosa, dos carillas, pero no sé más; pues has de saber que de tí se trata en lo que ves escrito. Nada, muchacha, he zurcido unos consejillos, para dártelos como regalo de boda. Ya sabes, hija mía, que te quiero bien; y lo mereces, porque eres buena..... ¡vamos no te pongas colorada! Tu pobre madre, que era una santa, me suplicó que velase por tí, y lo he cumplido cuanto me ha sido posible: por eso me meto en tus cosillas, aunque no me gusta hacerlo en casa ajena, respetando el refrán: «cada uno en la suya, y Dios en la

de todos»; y como ya sé que de un día para otro vendréis á buscarme para que os eche la bendición, preocupado con tu porvenir, hija mía, aunque, gracias á la bondad Divina, se presenta de color de rosa, rebuscando en mi mente el fruto de mi experiencia, he querido aconsejarte, pues los sanos y bien intencionados consejos son dones preciosos, dignos de estimarse más que el oro.

Poco sé, hija mía, pobre cura de aldea; pero, ves, mira;—aquí Don Tomás acarició con la diestra su blanca cabellera—, hay nieve en la sierra, señal de que el invierno se acerca, y con los años algo se aprende, sobre todo los que por dicha ejercemos el sagrado ministerio del sacerdocio.

El casarse, Angela, no es lo que os figuráis la mayor parte; es profesar, es seguir una vocación, es pagar un tributo á la vida; y nadie debe acercarse al altar como principio y ocasión de diversiones y placeres sin cuento. Al contrario, trayendo como trae consigo el casamiento nuevas obligaciones, sin que desaparezcan aquellas generales que todos tenemos, claro está que en ese nuevo estado hay que luchar con más



contrariedades y más penas, penas y contrariedades que desaparecen en los buenos casados, pues el secreto, base de felicidad en el matrimonio, hija mía, es saber convertir en alegrías todas las penalidades que llenan nuestra existencia, compartiéndolas con el sér que más amamos en la tierra. Ahora bien, esto dicho, escucha atenta estos consejos que mi buena voluntad cree oportunos y de utilidad práctica para tí. Hizo Don Tomás que Angela se sentara á su lado y leyó lo siguiente:

„Una vez casada, Angela, cuidarás en „extremo de tu persona, esmerándote mucho „más en bien parecer á tu marido, que te „esmeraste un día en bien parecer á tu „novio, pues aunque la felicidad doméstica „no se basa en el recreo de los ojos, la her- „mosura, hija, cautiva siempre, y más difícil „es agradar al marido que al novio, porque „el novio ve á su novia, del color del cristal „con que sus ojos la miran, siempre de color „de rosa: y como el marido ve á su mujer á „través de cristal sencillo, sin color alguno „que la dore ó beneficie, es preciso que se „presente á su vista todo lo limpia y her- „mosa posible.“

„Evita, hija mía, por cuantos medios estén „á tu alcance el primer disgusto, aunque „para ello tengas que ceder toda la razón „que te asistiere; pues la primer nubecilla, „cerniéndose en el hasta entonces limpio „cielo del matrimonio, es precursora de „tantas como son necesarias para empañar- „le, y á las nubes se siguen las tempestades, „tempestades que evitarás destruyendo su „germen, es decir, disipando la nubecilla „apenas la descubras; y como al rayar el pri- „mer disgusto, conservará tu marido sus „ilusiones, por poco delicado que fuere, al „ver tu actitud humilde y conciliadora, se „avergonzará de haberle provocado; y ade- „más descubrirá en tí un nuevo atractivo, „una nueva virtud que acrecentará su ca- „riño.“

„Serás honrada y recatada como nunca, „pues aunque todo el encanto de una donce- „lla estriba y tiene su asiento en la pureza „de alma, si la empaña, siquiera sea en apa- „riencia, sufre ella sola las consecuencias de „su desenvoltura y poco recato, mientras que „una vez casada, sus faltas, por veniales que „sean, empañan el honor de una familia, y „el honor de una familia, Angela, es lo más



„sagrado que el cielo en la tierra puso.“

„Usa de las armas que te dió Dios para
„cautivar á tu marido, haciéndole conservar
„el cariño y la estimación de novio, con
„previsora y discreta medida, sin esgrimir
„más que las necesarias, guardando de re-
„puesto las que te sobraren, pues debiendo
„vivir juntos, y pudiendo ser esto por lar-
„gos años, si con el transcurso de ellos
„vieres disminuir su afecto, te serán neces-
„rias las que guardares para reconquistarle.
„Así, por ejemplo: entre las varias armas á
„que me refiero y posee la mujer casada,
„están los mimos y las palabras; y no es de
„prudentes prodigar caricias hasta la sacie-
„dad, pues no se anhela lo que abunda y sí
„lo que escasea. Lo mismo digo de las pala-
„bras; no las prodigues en demasía, pues la
„mucha conversación enjendra el menospre-
„cio, y siendo la palabra don inapreciable
„que nos da Dios para comunicarnos el
„sentir, pensar y querer de nuestras almas,
„como don precioso no has de despilfarrarle,
„sino usar de él como de un tesoro que du-
„rará tanto más cuanto menos le prodigues.“

—No entiendo bien ese consejo, Don
Tomás.

—Ahora le entenderás, ó soy un porro.
Dime, Angela, si una madre vuelve de la
feria con varias chucherías para entretener
á su hijo ¿se las dará todas á una mano para
que se canse de todas á un tiempo, ó se las
irá entregando con su cuenta y razón; pri-
mero una; cuando de ella se cansare, otra;
aquella después, y así sucesivamente á me-
dida que le fastidiaren?

—Claro está: se las dará una por una, y
tardará en darle el segundo juguete, tanto
como el niño tarde en cansarse del pri-
mero.

Ahí está el toque, Angela, pues hombres
conozco que siempre fueran niños, si como
á tales se les tratara; cuanto más, que yo
hago eso con mis cachorros, para que me
sigan al monte; llevo en el bolsillo un peda-
zo de pan, y se lo voy dando poco á poco y
solamente cuando es necesario para hacerlos
seguir: por cierto, tuve uno de bonita capa,
gran estampa; ¿ves una hoja de cebolla?,
pues tan delgada era su oreja; se llamaba
Sol, era canelo con una estrellita blanca en
la frente; jamás pude hacerle seguir; apenas
le habría la puerta, ya estaba á media legua
rastreado sembrados y montes. Un día....



Voto al chápiro!, exclamó al llegar aquí Don Tomás: cada loco con su tema; consejos vendo y para mí no tengo: te los estoy dando, precisamente hablando de ociosas palabras, y si no paro mientes en las mías, ya estás á estas horas cazando conmigo, si no en Pino ó en San Pelayo, en el pico de Cerredo. Aprende de mí, Angela, hasta qué punto somos juguetes de nuestras pasiones y aficiones.

Escúchame atenta, pues faltan dos consejillos, que son éstos: y Don Tomás siguió leyendo:

„Sé reservada, y lo de casa, déjalo en ella „sin propalar el bien ni el mal que en la „tuya sucediere, porque habrá quien se „burle de tu daño, y no faltará quien envi- „die tu dicha.“

„Si tu marido no fuese tonto ó necio, „concédele una confianza ilimitada, no ocul- „tándole ninguno de tus pensamientos des- „de los más graves hasta los más fútiles; „y procura ganar en igual grado la suya, „para que te confie igualmente todos los „suyos, pues este pleno y mutuo conoci- „miento de vuestros respectivos secretos „destruirá en embrión, ahogará en su ger-

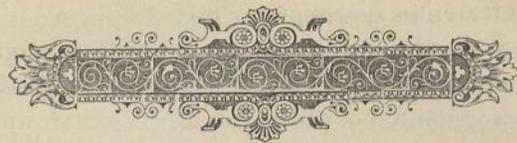
„men cuantos disgustos amenazar pudieran „la paz y el honor de vuestro hogar: y este „último consejo que te doy, ponle el prime- „ro en orden de importancia entre cuantos „te voy dando. En efecto, supón que tú ó „tu marido tenéis algún pensamiento, pala- „bra ó acto extraño á vuestras conyugales „relaciones, principio acaso de una falta; „confesándooslo todo, como os lo confesáis, „claro está que no llegará jamás á serlo.“

—Por ahora—observó Don Tomás termi- nando su lectura,—grabas en tu memoria estos consejillos, que otros no se le alcanzan á la mía basada en un estrecho entendi- miento. Luego acaso tengas otras obligacio- nes; pero si de alguna utilidad es mi expe- riencia, cuenta con ella cuando quisieres.

He dicho que seguirás, Angela, este último consejo si tu marido no fuese tonto ó necio, porque aquella mujer cuya mala ventura la llevó á casarse con hombre tonto ó necio, si discreta y delicada fuere, guarde su discre- ción y delicadeza sin usarla con quien, no sabiendo apreciarla, convertiría en objeto de eternas querellas lo que sólo debe ser- vir para desvanecerlas: pues aquél que sobre el cimiento de la necedad asentara el

edificio de la discreción, dará con él en tierra antes de construirlo.

Esto dicho, dobló el pliego, se lo entregó á Angela, y tras breves razones, se separaron, Don Tomás con ánimo de echar una liebre, y la huérfana con el de aprender los consejos para cuando de ellos necesitase.



X.

—Mujer, Luisa, ¡qué trabajadora, ni ver á la gente!

—Hola! muchachas, ¿qué quereis?

—Venimos á buscar chacolí para aquellos. Empiezan á alargar los días, y ya ves, pan solo para merendar.....

—No está padre; pero yo os serviré, dijo Luisa levantándose del banquillo donde se sentaba á la puerta de la taberna, dejando sobre él una blusa que estaba cosiendo. ¿Cuánto pongo?

—Echa media de lo blanco.

—¿Y á tí?

—Media también del mismo: y mientras despachaba, dijole una de las muchachas.

—¿No sabes, Luisa,? Jenaro se casa. Y añadió la otra:

—Sí, con Angela, con tu amiga..... Tan



inesperada noticia desconcertó causando la más viva impresión á la hija del pescador; pero con aquel imperio que sobre su persona tenía, se recobró mientras las otras proseguían:

—Por cierto que harán la gran pareja; chica, son el uno para el otro, sin agraviar lo presente.

—¡Poco contenta que está ella, madre! ¡si parece un cielo con la cara alegre!

—Ellos no lo dicen entavía; pero bien palrran todos los días.

—Lo que es que se casan, lo aseguran todos.

—¿Lo sabías tú, Luisa?

—Nó, dijo ésta con la mayor naturalidad; ¿á mí que me importa? buen provecho les haga. Ahí tenéis eso.

—Toma, dos y dos, cuatro.

—Y cuatro, ocho cuartos, A Dios!

—¡Ay, hija, á tí nada te importa, ni que se casen tus amigas!

—Así será, observó Luisa y volvió á su costura. Las otras dos juvenes se alejaron charlando sobre el mismo tema.

Esta escena tuvo lugar la tarde aquella en que Don Tomás dió á Angela los con-

sejos que ya conocemos.

Luisa ignoraba completamente la noticia de las relaciones de sus amigos de la infancia. Cuando la supo, sintió un golpe rudo en su corazón. Amaba á Jenaro, y más que nunca lo comprendía, al creerle perdido. Conocía que había abusado de la paciencia y del amor del joven, prefiriendo herirle con su constante desvío, á correr los riesgos de casarse con él exponiéndose á ver aminorado su cariño. El criterio natural de Luisa era excelente, y pensó en lo difícil de un cambio tan brusco como enamorar Jenaro á Angela sabiendo que hasta entonces había sido ella su primero y único amor. Repasando en su mente las varias circunstancias que pudieran inducirle á abandonarla por otra, se fijó en la escena de la fuente, cuando se puso de parte del sér hediondo que la había abofeteado, humillando ante él á su generoso defensor, y atribuyó á un acto de despecho la resolución de Jenaro.

No podía resignarse á verle casado con otra, pues su alma que había vivido entre gentes que no la tenían, ansiaba querer y ser querida con delirio, estremeciéndose ante la idea de perder el amor del mancebo, pues

aunque varios en el valle la miraban con buenos ojos, y no pasaban adelante contenidos por su severa y desdeñosa actitud: además de amar á Jenaro, sabía que solamente éste podía colmar todas sus amorosas aspiraciones. Discurría Luisa que los jóvenes del valle llegarían á quererla bajo una mira más ó menos egoísta; ya por su hermosura, bien por su posición relativamente desahogada, digna de codiciarse, etc., etc; pero nó como Jenaro, que empezó á mostrarle afición desde los más tiernos años, afición que degeneró en amor al rayar la adolescencia, en ese amor, verdadera vocación del cielo, amor que quiere sin egoístas miras, sin fijarse en prendas físicas ni morales del objeto amado, amor que se siente sólo una vez en la vida, amor que imprime carácter; amor que, marcando el derrotero de nuestras acciones, es base de nuestra existencia; con ese amor, justa y única aspiración de la más exigente enamorada doncella; y ese amor, nadie más que Jenaro podía ofrecerle, pues sin volver á retroceder los años (cosa imposible) nadie más que él podía ser su amigo predilecto de la niñez y llegar así ligados hasta ver cambiarse el cariño de la infancia en la afición de la

juventud, los anhelos de la adolescencia y el amor primero engendro de ese aumento gradual de efectos.

¡Así es la condición humana! Mientras por la mente de Luisa no cruzó la idea de que pudiera perder el amor de Jenaro (cosa que hasta entonces ni imaginarse pudo); dominó sus deseos, ahogó la voz de su corazón, y dejándose vencer de temores más ó menos bien fundados, fué para con el joven desdeñosa, indiferente, complaciéndose á veces en torturarle; y en el punto mismo en que comprendió que, despechado ó no, podía ser de otra, determinó premiar seguidamente su cariño, no esperando para realizarlo más que á adquirir la certeza de que el joven la quería como siempre. En cuanto á la ejecución de su pensamiento, hallóla tan sencilla, como sencillo es en efecto para una joven insinuarse al muchacho que la quiere, dejando á cubierto, en tan, en apariencia, arriesgado paso, la femenina dignidad y el mujeril recato. A la mujer, para el amor nacida, cuya única aspiración es ese sentimiento y todo lo que con él se relaciona, dotó el cielo de un instinto delicado y una perspi-





cacia finísima, perspicacia é instinto que desarrolla extraordinariamente, consagrando como consagra al amor y á todo lo que con él se relaciona sus cinco sentidos todos.

La tarde aquella empezaba á ocultarse el disco del sol tras los guriezanos montes, cuando Jenaro, la azada al hombro, volvía de su trabajo. Caminaba despacio como aquél que piensa, y sonreía con el supuesto triunfo conquistado sobre sí mismo. Estaba persuadido de que ya del amor de Luisa sólo un vago recuerdo le quedaba, mientras que imaginaba querer sinceramente á la niña de los ojos verdes. Así pensaba y así discurría en aquel momento, caminando bajo un sombrío robledal, y gozábãse pensando en la humillación que sufriría Luisa cuando se persuadiese de que ya le era indiferente. Tan absorto caminaba, que no vió á ésta, que, en apariencia, seguía casualmente el mismo camino, aunque con distinto rumbo, hasta que llegaron casi á tocarse. Viéndola junto á sí quiso mirarla con adusto ceño, pero la joven fijó en él sus negros ojos, envolviéndole en una intensa y cariñosa mirada. Jenaro la sintió en el fondo de su alma; quiso hablar, y no acertó á construir

una frase; se sonrojó como una cereza y palideció como un muerto. Luisa, á cuyo instinto femenino no escapó ninguno de estos detalles, conociendo por ellos el estado del alma del desconcertado mancebo, acabó de anonadarle, diciéndole de la manera más natural del mundo:

— Me alegro de encontrarte para decirte que me caso. Oyendo esto el joven, creyó volverse loco. Al punto deseó á sus pies profunda sima, para asír de la joven y con ella despeñarse en los antros del precipicio; luego pensó en ahorcarse, en demostrarle indiferencia, en darle la enhorabuena alegrándose del suceso; y acabó por apostrofarla censurando su ingratitud para con él; pasó luego á tiernas y sentidas quejas, y dominado completamente por la doncella, le confesó que, á pesar de todo, la quería como nadie podía quererla, terminando su arenga con estas palabras entrecortadas por mal disimulados y contenidos sollozos.

— Bien, Luisa, cástate; y aunque no entiendas mis palabras, te juro que, ya que no has de ser mía, lo único que te deseo es que te quiera tu novio tanto como yo, seguro entonces de tu felicidad.



Luisa escuchó enajenada aquellas palabras, los improperios del joven, sus censuras, sus quejas, sus nobles deseos, viendo en todas aquellas manifestaciones otras tantas pruebas de amor, y no pudiendo ya contenerse, le dijo llena de ternura:

—Mi novio me quiere lo mismo que tú me has querido, y según dices, me quieres aún.

—Eso no es posible, observó Jenaro con acento de dolorosa convicción,

—Sí, Jenaro, me quiere tanto como tú, porque eres tú mismo: y como si no bastaran sus palabras, con amantes miradas disipó las sombras de duda del entonces venturoso amante, á quien la alegría robó por un rato la voz, el movimiento y hasta el conocimiento de su verdadera situación.

Recobrado Jenaro, se desbordó su alma como el agua mal contenida en una presa, que rompiendo los diques que la contienen, sale bullente y saltadora por la quiebra del muro que largo tiempo la aprisionó.

¡Dios mío! las palabras que salieron por aquella boca durante largo tiempo en tropel, sin orden ni concierto, mezclándose á las de Luisa! ¡Y cómo se esforzaban por de-

mostrarse la verdad de sus amorosos conceptos, emitidos entonces simple y sencillamente sin usar de artificiosos rodeos para encarecerlos! Finalmente, tanto hablaron, y de tantas maneras se demostraron una y mil veces su mutuo y sincero amor, que la noche tuvo necesidad de sus sombras para poner término á sus cariñosas manifestaciones, y observando Luisa que el tiempo había pasado como nunca rápido, dijo á su amante después de advertírselo.

—A Dios! Jenaro; ya sabes lo dicho; cuando tú quieras.

—Habla hoy mismo á tus padres, y por mí cuanto más antes, pues cada minuto que transcurra sin que seas mi mujer, ha de parecerme un siglo. Y sin más saludo que una elocuente mirada, la enamorada pareja se separó.

Tan inmensa era su dicha, que Jenaro ni siquiera se acordó en aquellos momentos de la pobre niña de los ojos verdes.

Llegó Luisa á su casa, dejando á su semblante, por vez primera en su vida, reflejar la felicidad de su alma.

Raba y seña Mónica, que se daban al diablo por su tardanza, la recibieron en medio



de una salva de denuestos é improperios. La joven, como si de ella no se tratara, dirigiéndose á su padre, dijo:

—Padre, me caso con Jenaro: oyendo lo cual Raba, asaetó con su mirada á su mujer diciendo:

—Te casas, Dios; pués cástate, bastante me importa; yo también me casé, y premi-tiera el cielo devino que mabiese dido á pique á servir de macizo á los peces, antes de hacerlo.

¿Quién me vino á buscar? replicó seña Mónica con risa de serpiente, malos demonios me lleven, si no perdí más que tú al casarme con un hombre tan lichón tan hon-gazán, tan moquitón, tan deslenguado y tan.....; no me hagas hablar.

—Callas, recontra, ó de una mascada te alvento las muelas que aun te quedan. Si pareces un tonino, con ese bocico que pones, palrretera.

—Pues hablaré, porque eres un sinver-güenza, un indecente, un.....

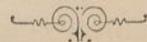
—Callas ya, rediez patrón, ó te arrimo; y ya sujetando á su mujer con la mano iz-quierda, la amenazaba con la diestra cerra-da, cuando acudió Luisa á tiempo diciendo,

despues de descolgar el candil, disponiéndose á subir la escalera interior de la taberna.

—Vamos, padre, ya está la cena. Siguióla Raba, murmurando entre dientes y no ora-ciones. Seña Mónica, cuando se vió sola y á oscuras, quiso subir rápidamente las esca-leras, mas tropezó y cayó lanzando un grito.

—Padre, tía (1) se ha caído; voy á ver si se ha hecho daño, observó Luisa, y bajó á ayudarla mientras Raba impertérrito añadía:

—Déjala, qué rayos! se habrá hecho algún tolano no más; y tras un terno de los gordos, murmurò por lo bajo: Así reventes!



(1) En Castro y sus cercanías á las madrastras llaman tías.



XI.

Las noticias de amoríos y casamientos vuelan en lenguas de la gente moza.

El día siguiente al de la escena anterior, ya se decía en Sámano que Jenaro se casaba con Luisa, la Morena de Santullán.

Estaba Angela en la fuente de la Metra, colocando una ramita de castaño en el botijo para mantener más fresca el agua, cuando llegó una muchacha que la avistó diciéndole:

—¿No sabes, Angela? Jenaro se casa con la Morena de Santullán. Dicen que ayer se entendieron aunque yo creo, y así opinan muchos, que su querer era de largo tiempo. ¡Madre! ¿qué te ha dado?; si pareces una muerta. ¿Qué tienes? ¿Te va á dar algún mal?

—No es nada, pudo balbucear apenas



Angela, y para ocultar su aflicción, volvió el rostro á su compañera, alejándose melancólica hacia su casa.

¿A dónde irá la dulce niña de los ojos verdes con su dolor, sino á su eterno refugio? En el mismo altar, al pié de la misma imagen de la Virgen á quien confiara días antes sus alegrías, cayó la pobre de hinojos, y así lloró y rezó mucho, sin que una queja alternara con sus oraciones.

¡Infeliz de aquél que agobiado bajo el peso de penas que se resisten al humano consuelo, las sufre sin aquellos de la fé consoladora, entonces como nunca necesaria!

Cuando Angela salió del templo, vió lucir, aunque remoto, un punto luminoso de esperanza, imaginando que bien pudiera ser cierta la noticia que le dió su amiga en la fuente de la Metra, y no desesperó hasta la vez primera que vió á Jenaro; pero como cuando esto sucedió, el mancebo no se atrevió á sostener su mirada, y con mal disimulado cambio, intentó evitar su encuentro, perdió la niña hasta la más remota. Entonces su dolor no tuvo límites.

Cuando se ha vivido bajo el anhelo eter-

no del codiciado amor, resiste el alma todas las angustias que, con la falta de amorosa correspondencia, la invaden; pero si tras tanto anhelar, al creerlas ya realizadas, se desvanecen todas nuestras esperanzas brutalmente en un punto, entonces la herida es mortal.

Pocos días después decía Felipe á Don Tomás:

— Me he determinado á ver á V: para decirle que Angela, para mi conocimiento, está muy mala. No come, ni sosiega, algunas veces llora, y cuando le pregunto qué tiene, responde siempre: nada, no tengo nada; y eso no es cierto pues lo dice con un aquél, que parte el alma. Yo se lo digo. Don Tomás, porque sé lo bueno que es V. para ella, y la mucha ley que la tiene y ella le tiene á V.; así, lléguese por casa, y si le parece, iré por un médico á Castro.

— Caramba! caramba! ¿y cómo no me has dicho eso antes? Vamos allá. Ya me extrañaba no verla por casa; pero ¿qué le habrá pasado Dios mío? La última vez que charlamos juntos estaba más alegre, más contenta!

Vivamente impresionado quedó Don To-



más á la vista de la doncella. Estaba Angela postrada en el lecho, y la palidez de su rostro revelaba una angustia mortal. Viendo á Don Tomás, quiso hablarle, pero se le arrasaron los ojos, y el llanto ahogó sus palabras.

—Ve por el médico, Felipe, pero pronto, dijo el Cura hablando quedo. Aquél salió al punto á cumplir la orden recibida, quedando Don Tomás solo con la huérfana.

—Pero ¿qué tienes, hija mía, que tienes? No sabía nada; ¿porqué no me has avisado? ¿Qué te duele?

—Nada, Don Tomás, nada.

—Eso no es cierto, Angéla; Dios mío y yo que creía que estabas tan buena; tan alegre, ahora que Jenaro te..... El doloroso suspiro que lanzó la joven en aquel instante, no permitió al Sr. Cura terminar su frase, y fué un rayo de luz que le hizo sospechar la causa del estado de Angela.

—¿Has reñido con él? La joven con un movimiento de cabeza le contestó que no. ¿Habrá sido capaz de abandonarte? No puede ser, añadió Don Tomás, al ver el signo afirmativo de la enferma, no puede ser.

—Sí, señor.

—Por vida de.....

—Pero no tiene él la culpa: No debí haber dado crédito á sus palabras.....; acaso yo le animé sin darme cuenta de ello. Debí recelar que quería á otra; desde niño la distinguía cuando jugábamos juntos.

—¡Esto más, tú le disculpas! ¿y por eso te afliges? dijo el buen anciano procurando sonreirse para animarla, más pierde él que tú con semejante proceder. Te lo digo de veras, Angéla, no te merece quien así te abandona. Por de pronto, hija mía, ánimo y no te dejes abatir por cosas de fácil remedio. No hay en el valle un solo mancebo que no te estime; tendrás cuantos novios quieras; hola! y muy contento cualquiera con serlo tuyo, hija mía. Ahora destierra esa melancolía; es preciso que comas, que te alegres. Ya olvidarás poco á poco á ese ingrato; déjale, otro te querrá bien, como tú mereces, y tú le querrás también como á Jenaro quisiste. Al llegar aquí, la huérfana fijó sus lánguidos y cansados ojos en los de Don Tomás, y le dijo con acento cuya debilidad hacía solemnes sus palabras.

—Como yo quiero Don Tomás, sólo una



vez en la vida; después.....

—Eso ni se piensa, loquilla; hija mía ¡qué dices! exclamó el buen señor, leyendo el pensamiento de la doncella.

Tras estas palabras calló Don Tomás, poseído de un funesto presentimiento. Conocía la sensibilidad y delicadeza de alma de la huérfana, y no se escapaba á su perspicacia lo posible de una solución fatal para la crisis que atravesaba, y lo sentía como si de su propia hija se tratase. Viendo entrar en el cuarto á la mujer de Felipe, después de recomendarle encarecidamente la asistencia de la enferma, aprovechando un momento de reposo en ésta, salió, pisando quedo, con ánimo de enviar á seña Manuela, su hermana, para que la asistiera también, no queriendo omitir medio alguno para obtener el pronto y seguro alivio de la huérfana. Llegó á su casa, dió sus instrucciones á su hermana (que pasó á cumplirlas llena de buena voluntad y diligencia) y echóse á pensar en el medio más eficaz y práctico para devolver á Angela el perdido contento. Preguntó, averiguó, inquirió, resultando de sus pesquisas é indagaciones la verdad, sino con todos sus detalles, en su esencia. Es

decir, supo que Jenaro quería á Luisa y desdeñado por ésta, sin duda por despreciarla celos enamoró á la huérfana; pero al llegar aquí las cosas, el mancebo alcanzó el solicitado amor de la primera; y al alcanzarle, olvidó á la segunda. Formó mil planes, estudió varios proyectos, pero los desechó todos por no prometerse con ninguno de ellos un resultado satisfactorio, acabando por pedir á Dios en oración ferviente que devolviese á la infeliz doncella la paz y el contento de su alma.

Cuando llegó el médico de Castro, su diagnóstico fué poco preciso. Le limitó á decir que pudiera hacerse grave el estado de la enferma, siendo su debilidad extrema, y prohibió que abandonara el lecho hasta que desapareciese la fiebre entonces bastante intensa.

Así transcurrieron dos semanas, durante las cuales el estado de Angela se agravó, al extremo que un día, con el corazón oprimido, llevó Don Tomás á la joven los auxilios de la religión. La escena fué tan triste como tierna. La que menos sentía el desenlace fatal era la niña de los ojos verdes; todos los presentes estaban más impresionados

que ella, y ninguno como ella le presentía. Por eso, cuando Don Tomás, de regreso de la iglesia, le dijo:

—Ya sabes, Angela, que es un acto de devoción el que aquí ha tenido lugar; luego espero verte buena; la enferma con débil y convincente acento le contestó:

—Mucho agradezco su buena intención, aunque esta vez se equivoca usted, mal digo, no se equivoca, demasiado sabe que me muero, y quiere usted animarme..... Dios se lo tenga en cuenta, Don Tomás, ya sé lo bueno que es usted para mí y lo mucho que me ha querido, y sepa que es gran consuelo para mí su cariño.

—¿Qué te has de morir, hija mía; ¿quién piensa en eso?

—Me muero, si señor, y no lo siento; al contrario; Dios es muy bueno. ¿Qué es la vida con estas penas? ¡si parece que Él me las envía para que no sienta el morirme!

—Calla, hija mía, te fatigas, descansa. Angela prosiguió:

—Si fuese feliz, entonces me horrorizaría esa idea; ahora no, Dios sea bendito, que así lo dispone.

Transcurrieron penosos días. Nadie más

que el Sr. Cura conocía la verdadera causa del estado de Angela. Había sido siempre débil, no pudiendo entregarse á las faenas ordinarias del campo, y en el valle atribuyeron su enfermedad á causas puramente físicas.

Una tarde la encontró Don Tomás más postrada que de ordinario. Le pareció la estancia más triste. Los dos jilgueros que en rústicas jaulas de caña cuidaba Angela se habían muerto, pues nadie se acordó de darles de comer; las flores de su ventana estaban mustias, faltas de riego; y apenas penetraba la vespertina luz por la casi cerrada ventana.

Hacia ya rato que el buen anciano velaba á la cabecera de la enferma, y nadie había desplegado los labios.

Angela reposaba con los ojos abiertos mirando ya sin ver; sus manos, descarnadas por la constante fiebre, jugaban inconscientemente con las sábanas; su nariz se iba afilando poco á poco á fuerza de hundirse en los pómulos de su cara, y los sueltos y rizados mechones de su negra y abundante cabellera, cayendo descuidados en torno de su escuálida faz, hacían resaltar más y más las

huellas que el dolor grabó en su rostro. Por fin, como continuando una frase, dijo la enferma con débil acento.

—Le dirá V., Don Tomás, que sea muy feliz con Luisa..... sí, muy feliz: ese es mi deseo, que me rece, si de mí se acuerda; V. ya sé que me rezará.....; y que si alguna pena me ha causado, que yo se la perdono de todo corazón.

El pobre viejo quiso hablar y no pudo; se echó á llorar como un niño. Poco después miró á la huérfana que se esforzaba por decir algo, é intentó descifrar el sentido de sus palabras, de rumor imperceptible apenas, y estando en ello la oyó decir:

—Yo le perdono, Virgen mía, le perdo....; y no acabó la frase.

Un momento después la niña de los ojos verdes estaba muerta.



XII.

*Silencio! las campanas
tocan á muerto..... !
¿Si habrá muerto la niña
de ojos de cielo?*

(TRUEBA).

MIENTRAS tanto en Santullán se despachaban á su gusto. La mañana del día siguiente Jenaro y Luisa se habían casado.

El mancebo ahogó en el mar de su dicha, al ser de su amada correspondido, el recuerdo de su mal proceder para con Angela.

Animados por un mismo instinto, ninguno de los novios habló de la huérfana durante el tiempo que transcurrió desde el de su inteligencia al de sus bodas.

Luisa no suponía hasta dónde había llegado Jenaro en sus amorosas pláticas con



su amiga. Llegó á noticia de ambos la de la enfermedad de Angela; pero no su verdadero estado de gravedad, y Jenaro tembló al querer enterarse, y no lo hizo, pues una voz interior le acusaba de los sufrimientos de la niña de los ojos verdes, y temía conocer toda la intensidad de aquellos, para no aminorar la dicha que fué su sueño, con tristes é inevitables remordimientos.

Digo, pues, que el día que siguió al de la muerte de Angela, Jenaro y Luisa se casaron.

La boda fué muy alegre. La pureza del cielo, la juventud y hermosura de los novios, su posición relativamente desahogada, la mucha y festiva gente que concurrió al acto, la sana y abundante comida al aire libre, el campesino baile bajo la fronda de la alameda, las advertencias del Sr Cura á los novios y jóvenes allí presentes, aquel eterno improvisar bodas, que á éstas caracteriza; los dichos, chascarrillos y agudezas de los convidados y hasta los símiles, comparanzas y capiruchos del insigne Julián contribuyeron á que lo fuera.

Las horas más felices corren que vuelan, y las de aquel día pasaron rápidas. La tem-

peratura fué bastante calurosa, sobre todo á la tarde en que arreció el viento sur.

Anochece: las cárdenas nubes que coloreaban el horizonte cambiaron su nacarado tinte por otro más oscuro y pardo. Lució un relámpago, luego otro, sucediéndole varios aunque sin trueno alguno. Poco después un ruido tan lejano como ronco y sordo anunció al valle que la tronada se acercaba. El ave, ya recogida, dejó la rama donde se albergaba, para cobijarse en otra más segura; la tímida rezagada ovejuela ganó medrosamente su redil, adornando en su precipitada marcha chaparros, argomales y lentiscos con los blancos vellones de su riza lana. Los árboles todos murmuraron sus amedrentadores sonidos; empezaron á caer á espacios anchas, tibias y pesadas gotas, y el ruido del aguacero alternó enseguida con el rumor de los bosques y el estruendo de la tormenta, que convirtió en lodazal y charca el teatro del baile, dispersando á todos los asistentes á la boda.

Quedaron solos Jenaro y Luisa, y pintando aquél la futura dicha de su nuevo hogar, dijo á ésta, mirándose en sus negros ojos.

—No es posible, Luisa, que tu felicidad



iguale á la mía. Iba á decirte tantas cosas, que no sé por cuál empezar. En este momento soy tan feliz, que creo que sufriría todas las penas del mundo, ahogándolas en el contento de verte ya mi mujer. ¡Qué hermosura, Dios mío!; nada, nada turbará nuestra felicidad..... En aquel instante la voz de la campana tocando á entierro en la iglesia de San Nicolás de Sámano, se mezcló á la de los truenos. El eco de ella resonó en el corazón de Jenaro como si en su propio pecho la hubieran tañido, y palideció, presa de un fatal presentimiento, al extremo que no pudo contestar á Luisa que le decía.

—Jenaro, tocan á entierro..... ¿quién se habrá muerto en Sámano? Acertó á pasar por allí un hombre cubierto con un cesto, protegiéndose así de la lluvia torrencial que caía, y á éste repitió la pregunta: Buen hombre, ¿sabe quién se ha muerto?

—Angela, la sobrina de Felipe, la más gallarda moza de Sámano, la de los ojos verdes. A Dios; y el del cesto se alejó precipitadamente.

La campana seguía tocando con monotonía y pesado son.

Jenaro y Luisa enmudecieron, y aquel

que momentos antes desafiaba á las penas todas de la tierra, amenazando ahogarlas en el mar de su dicha, vió perecer la suya en el del cruel remordimiento.

Guardaron ambos un enojoso silencio. El joven intentó romperle varias veces; pero la voz de su conciencia le negó la de su lengua. Una leve sospecha nació entonces en Luisa y empezó á atormentarla. Ignoraba, como sabemos, el extremo á que llevó Jenaro sus amorosas pláticas con la pobre Angela, é imaginó que, más que el remordimiento, el cariño de la huérfana causaba la tristeza de su marido. Así les castigó la Providencia. La estancia donde tanta ventura se prometieron fué testigo de su mutuo dolor.

La noche que estaba oscura, muy oscura, se veía súbitamente iluminada por el incesante relampaguear de la tormenta. Don Tomás, más que la muerta, muerto, acababa de rezar el último responso sobre la abierta fosa destinada á la pobre Angela, y retirándose todos, quedó solo Juanón para darle tierra. El tiempo era crudísimo. Oigamos al enterrador:

—¡Echa, echa, hasta que se aplome el cielo! rediela; qué llover!..... ¡Como trona! y



venta rayos! Si no deja trabajar el viento! Rediela! si se pega la tierra mojada á la mi azada, que no hay medio de cavar! Recontra, se me apagó el farorillo: déjame dir á encenderle; mientras tanto escampará de fuerza. Me parece que no te has de constipar ni escapar, que fenecida eres y caiste en mis garras. Echa! echa! Hasta luego!; y huyó dejando mal cubierta la mortuoria caja que el cadáver de la desventurada niña contenía.

Al mismo tiempo que Juanón abandonaba el campo-santo, Jenaro, á él se dirigía, dejando en casa á Luisa tan preocupada, que ni siquiera le preguntó á dónde iba. Conocía perfectamente los senderos del valle, y no tardó en llegar al sitio donde sus remordimientos le arrastraban. Penetró en el recinto de los muertos, sin fijarse en sus ropas mojadas, en su descubierta cabeza, ni en la hora, ni acordarse de Luisa. De pronto sus piés tropezaron con un bulto. Era el ataúd que contenía el cuerpo aun insepulto. Jenaro se estremeció y cayó de rodillas. Al hacerlo, á la luz de fugaces pero repetidos relámpagos, vió la hermosa faz de su infeliz amiga. Pendían fuera los rígi-

dos brazos, á los cuales se plegaba el mortuorio hábito empapado en agua; la última sonrisa, con esa majestad que la muerte presta á los pálidos y entreabiertos labios, se dibujaba en ellos, y los sueltos mechones de la rizada, negra y abundante cabellera flotaban en desorden, recogiendo el barro que el recio gotear de la pesada lluvia les salpicaba.

La hora, la tempestad, el sitio, el estado de ánimo del arrepentido mancebo y, sobre todo, aquella rígida y más que humana hermosura que la muerte imprimió al cadáver de su desventurada amiga, vista á la fantástica luz de la tormenta, de tal manera acrecentaron el dolor de Jenaro, que permaneció largo tiempo sin conciencia de su verdadera situación, creyéndose juguete de amarga pesadilla. Ni advirtió al dejar su casa que Luisa le seguía cautelosa, ni la vió acechándole á la puerta del campo-santo.

La tempestad empezó á ceder, y Juanón tornó dispuesto á enterrar el insepulto cadáver. A la luz de los relámpagos vió á Luisa, que se apartó llorosa, procurando esquivarse de sus miradas; mas no lo hizo

con bastante presteza, pues Juanón la conoció perfectamente. Éste penetró en el cementerio y sacó de su abstracción á Jenaro, volviéndole á la triste realidad de las cosas, diciendo:

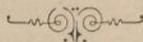
—¿Qué haces aquí, recontra? Y el día que te casas con una real moza! Dios, tú estás borracho, rediela!

—Da pronto tierra á esa infeliz, y trátala con respeto, si no quieres que haga contigo una barbaridad. Jenaro apuró su castigo hasta el último extremo. Solamente cuando ya vió cubierta la fosa donde debía dormir Angela el sueño eterno, salió del campo-santo y se encaminó á su casa lleno de mortal angustia. Al llegar á ella, encontró á su mujer en el mismo sitio y en la misma actitud que la dejó.

Quiso Jenaro luchar con su dolor, mitigándole en el amor de su amada.

Prodigola tiernas y sentidas frases de cariño; pero Luisa no contestó, ni se dió por aludida.

Intentó sellar con sus labios la frente de su esposa, y ésta le rechazó triste y severa.



XIII.

—¿Estás seguro, Juanón; no sería alguna que pasaba casualmente?

—Cá, no señor, era ella.

—Bien pudiste confundirla en la obscuridad.

—Don Tomás, le digo que era Luisa. ¿No se acuerda de los relámpagos? ¡si clariaban lo mismo que el sol! Llegué al par de ella, y la ví como á usted ahora. Por cierto, me pareció llorosa. Aluego tropecé con Jenaro en el huerto-santo, y le ví rezando al par de la muerta. ¡Qué humor tenía, centellas! pensé que iba á engarrar conmigo. Después, cuando acabé mi oficio, se largó, y no sé más; esta es la verdad, Don Tomás.

—Bueno, ya puedes irte: mis sospechas son fundadas.

Este diálogo tuvo lugar pocos días des-



pués de la muerte de Angela.

Quien estaba inconsolable era el pobre anciano: Las especiales circunstancias que motivaron la desgracia de la huérfana acrecentaban más su dolor. Don Tomás se atribuía el haberla causado en parte, y se decía: Yo también contribuí al triste desenlace que tuvo el abandono de Angela; pero Dios sabe cuán buena era mi intención. Yo le dije repetidas veces que Jenaro sería su marido, y hasta le dí consejos, seguro de verlos llegar á mí para casarlos. Parece mentira cómo mandan en nosotros las pasiones. ¡Quién hubiera imaginado que un muchacho como Jenaro se condujera así con un ángel, pues de ángel tenía el rostro y el alma la niña que por otra abandonó! Don Tomás estaba indignado contra Jenaro; pero luego se avergonzó de ser menos indulgente que la misma víctima, que murió con palabras de perdón en los labios, deseando la felicidad de los que se la robaban.

Dos meses después, eran los días de la niña de los ojos verdes. Celebró la misa á su intención, y al anochecer permaneció rezando por ella largo tiempo. Concluido el rezo, se encaminó resueltamente á casa de Jenaro.

La noche reinaba al penetrar en ella Don Tomás. Los jóvenes esposos, que se disponían á cenar, estaban taciturnos y preocupados.

La vida de ambos no era envidiable. Luisa confirmó sus sospechas con la escena que presenció en el campo-santo, y tenía celos de una muerta. Jenaro seguía castigado por el recuerdo de Angela y el despego de Luisa, que no se explicaba, permitiendo el destino que no se comunicaran sus impresiones para poder devanecer sus recelos. Caracteres como los suyos prefieren la duda en cuyos procelosos mares aun puede columbrarse el puerto de la esperanza, á la espantosa realidad de sus temores y sospechas. En este estado de ánimo les encontró Don Tomás. Ni los comensales ni el testigo desplegaron sus labios mientras duró la comida. Por fin, terminada la cena, Don Tomás habló así:

—Hijos míos, sé que estrañaréis mi visita; pero uno de mis deberes es devolver la perdida calma á los corazones, y sólo con ese objeto he penetrado hasta aquí. Tú, Jenaro, procediste mal con la pobre Angela, que era una santa: le hiciste concebir esperanzas de ser tu mujer, y se entregó por



completo en brazos de la dicha, pues te quería como ella sabía querer, y por satisfacer los anhelos de tu corazón, la olvidaste, abandonándola á su dolor. Tú, Luisa, esperaste á que Jenaro enamorase á otra para entregarle tu cariño, obligándole, por lo menos induciéndole, á que abandonara compromisos acaso sagrados. Ved la mano de Dios, ved su justicia, qué pronto supo castigarnos, á tí, Jenaro, con crueles remordimientos, y á tí, Luisa, con rudas sospechas. A tí, por haber burlado esperanzas que hiciste concebir, y á esta, por haber dado lugar á ello. Veis la justicia de Dios, ved también su misericordia. Yo vengo aquí por inspiración divina. Hoy son los días de la infeliz que lloramos, y rezando por ella, me pareció oírle pedir vuestra felicidad colmada; pues sabed, hijos míos, cuando murió aquel ángel, sus últimas palabras fueron para perdonarte y pedir al cielo vuestra mutua dicha. Mitiga, pues, tu dolor, Jenaro; Angela te perdonó con todo su corazón, y si es verdad que está muerta, fué porque el Señor la quiso para sí, porque la creó para que habitara en la divina mansión, no en este mundo, y tú, Luisa, olvida tus recelos;

lo que pudiste imaginar obra del amor, era obra del remordimiento. De hoy más, reine la paz y el contento en esta casa, seguros de que hay en el cielo un ángel pidiendo á Dios vuestra dicha.

¡Bendita sea, hijos míos, la mujer que espera, ama, perdona, muere y deja sentir su bienhechora influencia más allá del sepulcro! Bendita sea!

Diciendo esto Don Tomás, se alejó mirando al cielo, donde mentalmente vió á la enamorada mártir agradeciéndole el cumplimiento de la conciliadora misión que le inspirara.

Jenaro y Luisa, dominados por el más vivo y santo agradecimiento, cayeron de rodillas, y mezclando sus lágrimas, oraron largo rato, pronunciando el nombre de Angela en sus oraciones.

La ventura más completa, la más colmada felicidad reinó desde entonces en su venturoso hogar.

Dios había accedido á las súplicas de la niña de los ojos verdes.

FIN.



Índice de capítulos.

PRÓLOGO.

Donde se cuentan varias y diversas puerilidades, con otras infantiles cosas y niñerías 7

CAPÍTULO I.

De la condición y ejercicio del Sr. Curza y algunos diálogos de poco momento 23

CAPÍTULO II.

De lo que era entonces el Samaneco valle; con el apasionado colo-



quiu que pasó el mancebo del bosque y la doncella de la fuente 33

CAPÍTULO III.

Donde se verán muchas y alinadas aclaraciones que, para mejor comprensión del sentido de esta verdadera historia, se cuentan; y un nuevo exquisito marineró razonamiento 45

CAPÍTULO IV.

Que trata de una breve y femenina plática. 55

CAPÍTULO V.

En el que aparece Monterilla con sus torcidos instintos, desaguados y pescadores discursos, y se cuenta

el extraño suceso en la fuente de la Suma acaecido 59

CAPÍTULO VI.

Del nuevo, suave, dulce y amoroso coloquio que el desdeñado Fenaró pasó con la enamorada doncella de la selva 69

CAPÍTULO VII.

Donde en pocas palabras se dicen las que entre el Cura y la huérfana mediaron 81

CAPÍTULO VIII.

Del similesco, comparanesco y capiruchesco razonamiento que trató Julián Llano con su sobrino, con otras borracherías dignas de felice recordación 87



CAPÍTULO IX.

De los trascendentales consejos, dignos de memoria eterna, que Don Tomás dió á Angela antes que fuese á ser casada. 97

CAPÍTULO X.

Lo que sabrá quien leyere, sabiendo hacerlo con atención. 107

CAPÍTULO XI:

Del término, acabamiento y muerte de la niña de los ojos verdes. 119

CAPÍTULO XII.

Que trata del suceso de las bodas de Jenaro y Luisa y el del entierro de su infelice enamorada amiga. 129

CAPÍTULO XIII.

Donde se verá el bien sentido, tierno y conciliador discurso del Sr. Cura á los mal entendidos enamorados cónyuges; dando fin y remate á lo que en esta triste, peregrina y verdadera historia se cuenta. 137

FIN DEL ÍNDICE DE CAPÍTULOS.

